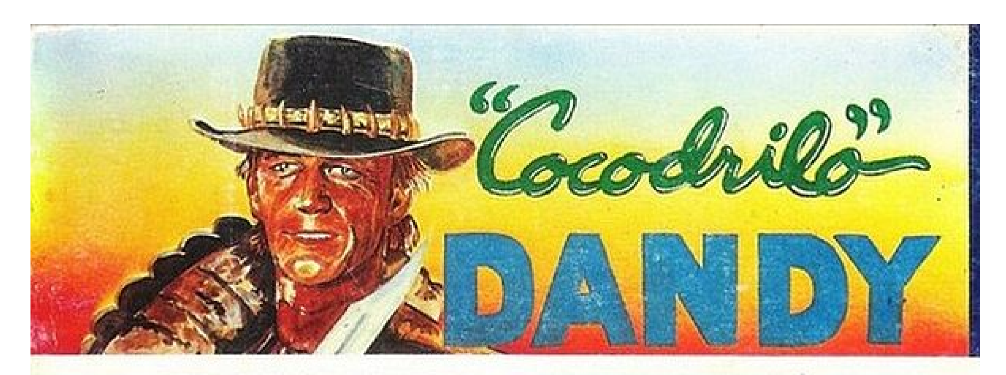


EL TESORO DEL SOL NACIENTE

GRANDES
A
AVENTURAS

El enorme cocodrilo se precipitó sobre él con sus gigantescas fauces abiertas. La cola del saurio se agitó en el aire cuando su cuerpo escamoso golpeó la figura musculosa, prieta y enjuta del cazador del gran cuchillo dentado que le plantaba cara.

Ambos, animal y hombre, rodaron por el estanque entre volteretas dramáticas, en una feroz lucha sin cuartel, que sólo parecía posible que terminase con la muerte de uno de ambos.

El poderío físico del cocodrilo era tremendo, pero la fortaleza de su enemigo no le iba a la zaga. El agua salpicaba todo con violencia, mientras ambas vidas pendían del débil hilo de un resultado final de lo más incierto. Porque si bien inicialmente toda la ventaja parecía decantarse del lado del saurio, poco a poco su adversario iba ganando terreno, acosando a su poderoso rival, al que logró por fin tumbar boca arriba en medio del agua, para clavarle despiadadamente su cuchillo una y otra vez, de forma implacable.



Curtis Garland

El tesoro del sol naciente

Bolsilibros - Indiana James - 52

ePub r1.0
LDS 03.06.18

Título original: *El tesoro del sol naciente*
Curtis Garland, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

El enorme cocodrilo se precipitó sobre él con sus gigantescas fauces abiertas. La cola del saurio se agitó en el aire cuando su cuerpo escamoso golpeó la figura musculosa, prieta y enjuta del cazador del gran cuchillo dentado que le plantaba cara.

Ambos, animal y hombre, rodaron por el estanque entre volteretas dramáticas, en una feroz lucha sin cuartel, que sólo parecía posible que terminase con la muerte de uno de ambos.

El poderío físico del cocodrilo era tremendo, pero la fortaleza de su enemigo no le iba a la zaga. El agua salpicaba todo con violencia, mientras ambas vidas pendían del débil hilo de un resultado final de lo más incierto. Porque si bien inicialmente toda la ventaja parecía decantarse del lado del saurio, poco a poco su adversario iba ganando terreno, acosando a su poderoso rival, al que logró por fin tumbar boca arriba en medio del agua, para clavarle despiadadamente su cuchillo una y otra vez, de forma implacable.

El agua se tiñó de rojo violento, mientras los coletazos del animal marcaron una agonía inevitable. Triunfador, jadeante, con la sangre salpicando sus ropas y su broncínea piel, el cazador de saurios se incorporó en las aguas del estanque, sonriendo con toda la amplitud de su blanca dentadura, contraste vivo con el bronce rugoso, curtido, de su piel de hombre habituado a vivir en contacto con la intemperie.

Entonces, fijando sus ojos claros, entre duros y risueños, en un punto concreto del lugar donde había tenido lugar la monumental pelea, su voz sonó serena, tranquila, llena de seguridad y de confianza en sí mismo, para pronunciar la más insólita frase inimaginable en boca de un cazador de cocodrilos:

—Usted, señora, no tendrá que luchar tanto por la limpieza de

su colada, si usa el detergente *Caimán*, el que sólo requiere una mano suave para satisfacer a la más exigente ama de casa.

—¡Corten! —Sonó una voz autoritaria, más allá de las fuertes luces que alumbraban el lugar de la pelea—. ¡Toma perfectamente válida, hemos terminado por hoy, muchachos!

Las luces se apagaron en parte. Un hombre corrió a donde yacía el cocodrilo vencido, flotando en las sanguinolentas aguas del estanque, mientras el que había hablado en último lugar abandonaba sonriente su asiento tras las cámaras, para ir a estrechar cordialmente la mano del hombre vencedor del saurio.

—¡Has estado estupendo, *Dandy*! —aprobó con entusiasmo—. Eres un tipo único. Nadie, viéndote luchar con ese cocodrilo, imaginaría que todo era un trucaje, que el animal está amaestrado y que ese cuchillo solo finge hundirse en la piel del animal, cuando en realidad todo lo que hace es hundirse en su propio mango. Le has dado un verismo impresionante a la escena. El productor del *spot* va a sentirse muy contento de los resultados, seguro.

—Menos mal que alguien se sentirá satisfecho de este simulacro de pelea con un viejo caimán torpe y desdentado —se lamentó «Cocodrilo» con gesto de circunstancias—. Para mí, ha sido algo horrible, te lo aseguro.

—Vamos, vamos, *Dandy*, no te quejes de tu suerte. Hoy en día, nadie en Londres es capaz de ganar con tanta facilidad como tú la suma de cinco mil libras, sólo por aparecer en una campaña publicitaria para una marca de detergentes. Sólo cuando se ha alcanzado tu fama en eso de enfrentarse a cocodrilos de verdad, puede permitir que te embolses una suma así únicamente con plantar cara, como tú dices, a un viejo saurio sin dientes.

—Eres único para que uno vea las cosas más sórdidas con un auténtico color de rosa —suspiró *Dandy*, amargamente—. Cáeme que si no me hubieran estafado tan estúpidamente mi dinero, ahora no tendría necesidad de andar haciendo esto para ganarme la vida en tu infecta y aburrida ciudad, Jordán.

—¡Llamar a Londres ciudad infecta y aburrida! —se escandalizó su interlocutor echándose las manos a la cabeza—. Mi querido *Dandy*, sólo a ti se te puede ocurrir algo semejante… Si te oyeran las amas de casa que tienen que comprar el detergente, se llevarían una completa desilusión.

—Déjalas, ya se la llevarán cuando compren esa maravilla llamada *Caimán* en el supermercado del barrio.

—Eres terriblemente cínico en ocasiones, querido *Dandy* —rió de buen humor Jordán—. Ven, vamos a comer algo. Esta tarde rodaremos el otro *spot* pendiente, y tal vez mañana puedes quedar libre de este trabajo que tanto te disgusta. Mi secretaria debe estar esperándonos tras reservar la mesa en el restaurante de enfrente de los estudios.

«Cocodrilo» *Dandy* se encogió de hombros, se arregló mejor su sombrero de piel sobre los dorados, largos cabellos ondulados, contempló cómo la falsa sangre perdía su color en sus manos y piel, dirigió una mirada de simpatía al cocodrilo amaestrado, cuya vieja y dura piel acarició al pasar junto a él y su entrenador, saliendo de los estudios de televisión camino del cercano restaurante, en compañía de su amigo Ralph Jordán, realizador de TV en la capital británica, especializado en programas publicitarios.

Antes de salir de los estudios recogió su cuchillo auténtico, cambiándolo por el trucado para la escena recién rodada, y lo encajó en su funda de piel. Jordán le miró risueño.

—¿Siempre llevas ese cacharro contigo? —se interesó.

—Sí, siempre.

—¿Por qué?

—Es una costumbre. Sin él, me siento desnudo.

—En Londres no creo que lo necesites —rió Jordán.

—No estés tan seguro. Lo necesité antes en Nueva York y en Los Ángeles. En todas las grandes ciudades hay caimanes. Sólo que no llevan escamas. Recuerda que en tu hermosa ciudad me han estafado el dinero que llevaba.

—Pero no puedes usar esa arma contra los estafadores. No sería legal, ¿comprendes?

—Claro. Llevo ya viviendo suficiente tiempo en vuestras asquerosas colmenas humanas para saber lo que es legal y lo que no. Pero no creo que les gustase a esos granujas volverse a encontrar conmigo.

—Es difícil que ocurra, *Dandy*. Londres es demasiado grande para coincidir fácilmente con alguien.

—Yo nunca pierdo las esperanzas —sonrió fríamente *Dandy*—. La selva también es grande. Y a veces me he tropezado dos veces

con el mismo animal o la misma persona.

—Es diferente, *Dandy*. Y más con tipos tan escurridizos como los de esa catadura…

Minutos más tarde, ambos amigos se acomodaban en una mesa de un confortable restaurante situado a poca distancia de los estudios de televisión, lleno a aquella hora de comensales. Una bella y atractiva joven de cabello rojizo, recogido en un discreto moño en la nuca, con gafas de montura transparente, les aguardaba, saboreando un martini. Dirigió su mejor sonrisa a «Cocodrilo», que se limitó a devolverle distraídamente el cumplido, sin que pareciera causarle impresión excesiva el volumen y firmeza de los senos de la dama, ni tan siquiera el grosor sensual de sus rojos labios tentadores.

—Bien, Fay —aprobó Jordán satisfecho—. La mesa del ventanal, justo la que me gusta. Buena elección.

—Me costó mi trabajo… y una pequeña propina —rió ella suavemente—. Se lo anotaré en la cuenta de gastos, no lo dude.

—Y a mí me complacerá abonárselo puntualmente, Fay. Si llega a ver a nuestro hombre en el rodaje de hoy, no se lo cree… Estuvo como nunca. La escena parecía tan auténtica, que el pobre cuidador del viejo cocodrilo corrió asustado, por si su animalito estaba muerto de veras a manos de «Cocodrilo».

—No me sorprende. —Fay miró a *Dandy* fijamente con sus ojos azules, rasgados, que brillaban tras los vidrios de sus estilizadas gafas—. Me han hablado mucho y bien del señor *Dandy*, y no precisamente limitándose sólo a hacer de actor ante las cámaras. Creo que en el Amazonas era una figura legendaria. Y que llegó a capturar él solito a una organización dedicada al tráfico de opio, apenas salido de la jungla…[1] Eso dice mucho en su favor, ¿no?

—Soy hombre modesto, señorita Rowland —dijo apaciblemente *Dandy* con una mueca irónica en los labios—. No me gusta que me elogien en exceso, sobre todo viniendo de una joven tan atractiva como usted…

—No son elogios —negó ella sin dejar de mirarle—. Usted sabe que es un tipo extraordinario, señor *Dandy*. Y que atrae la atención de cuantos le ven.

—Eso no siempre es bueno. Ciertos rufianes también se sintieron atraídos por mí. Y me estafaron diez mil dólares. ¿Cree que un tipo

extraordinario se dejaría estafar tan fácilmente una suma así por tres bribones londinenses?

—Creo, sencillamente, que es usted demasiado noble, demasiado ingenuo para prever las argucias de que son capaces las fieras de la ciudad, eso es todo.

Pidieron el almuerzo. *Dandy* se limitó a elegir un plato de verdura y otro de frutas. Jordán y Fay le miraron con sorpresa.

—¿Es todo lo que vas a comer? —indagó Jordán.

—En efecto. ¿Para qué quiero más? Esto posee todo el alimento necesario. En la jungla es lo que más suele comerse. Y se vive más sano que en la ciudad, Jordán.

—Eres increíble —rió el director de TV con buen humor—. Llegas a hacerme envidiar no haber vivido años enteros en tu selva amazónica…

—En efecto, no sabes bien lo que te perdiste. Allí…

Inesperadamente, algo había atraído la atención de «Cocodrilo» *Dandy* en la calle. Sus ojos se fijaban a través del ventanal en un punto concreto. Las pupilas del cazador se habían convertido en dos zafiros duros, helados, casi taladrantes. El rostro curtido era una broncínea máscara de emociones contenidas.

Sorprendidos, Jordán y Fay se miraron. Ella preguntó, inquieta:

—¿Le ocurre algo, señor *Dandy*?

—¿Has visto un fantasma, muchacho? —se interesó su amigo.

—No. ¡He visto *tres* fantasmas! —gritó roncamente «Cocodrilo». Y se precipitó violentamente hacia el exterior, derribando su asiento y casi volcando la mesa con todos los servicios.

Antes de que ninguno pudiera entender una sola palabra, *Dandy* estaba en la calle, tras derribar aparatosamente a un camarero con su bandeja de viandas, cruzando la puerta de salida del restaurante como un huracán.

Un automóvil que en ese momento arrancaba en la parada del semáforo situado ante el restaurante, al cambiar del rojo al verde, chocó de frente con *Dandy*, que se había lanzado como un alud sobre el vehículo. Por un momento, el horror sacudió a todos los testigos de la escena, que temieron que el insensato fuese arrollado y aplastado por el automóvil. Pero en vez de eso, «Cocodrilo» aterrizó sobre la capota del mismo, justo frente al parabrisas. Dos hombres sentados en los asientos delanteros, le miraron con estupor

e incredulidad. El del volante intentó dar un brusco giro al mismo, para deshacerse de su molesta visita, pero *Dandy* soportó la maniobra, y en respuesta a la misma, mientras el coche golpeaba la acera con violencia, él descargó su largo, afilado cuchillo, sujetándolo por la hoja, contra el vidrio del parabrisas que, golpeado por el duro mago del arma, se hizo añicos. El conductor, sobresaltado, aturdido, ciego por el alud de vidrios y por la presencia del hombre montado en su coche, hizo otro giro en falso, yendo a empotrarse en una roja cabina telefónica londinense con la que dio en el suelo, hecha astillas, antes de ir a hundir el morro en una pared de ladrillos, arrugándose todo el flamante coche como un acordeón.

Aterrorizados, saltaron fuera del auto los dos hombres de delante, uno de ellos llevando su mano bajo la chaqueta, para extraer de allí un revólver. «Cocodrilo» ni se inmutó. Saltó sobre ellos, aferró a ambos con sus manos, duras y rudas como garfios, y los alzó como si fuesen dos monigotes, haciendo perder al tipo armado su revólver con un simple zarandeo. Luego, les hizo entrechocar ambas cabezas, con un impacto que crujió como frutos maduros, lanzándolos finalmente contra una pared, donde rebotaron, antes de caer convertidos en guiñapos sobre el asfalto. El tercer ocupante del coche, acomodado en el asiento posterior, salió en ese momento de estampida, pero *Dandy* tampoco se había olvidado de él.

De dos zancadas le dio alcance, sujetándole por el cuello con una sola mano, lo volteó en el aire como un juguete, para luego hacerle aterrizar no lejos de los otros dos, justamente encima de los restos de la cabina telefónica destrozada.

Hecho todo esto, *Dandy* se sacudió las manos, sonrió y dirigió un gesto a sus amigos del restaurante, que contemplaban estupefactos la escena. Un agente se aproximaba a largas zancadas a él, con gesto entre perplejo y amenazador. «Cocodrilo», mirándole afablemente, se limitó a explicar, señalando a los tres individuos caídos en el suelo:

—Ahí los tiene, agente. Son tres estafadores. Me estafaron diez mil dólares. Presentaré una denuncia oficial contra ellos. Puede llevárselos detenidos.

—Pero ¿y los destrozos? ¿Y el coche? —demandó el policía.

—Bah, seguramente el automóvil será robado. De modo que ellos son responsables de la cabina destrozada, puesto que la derribaron con el vehículo, ¿no? Si me necesita para algo, me encontrará en la emisora de televisión. Ahora, discúlpeme, debo terminar mi almuerzo…

Y regresó tan tranquilo al restaurante, dejando al policía con una profunda expresión de desconcierto e incredulidad, rascándose los cabellos.

CAPÍTULO II

INVITACIÓN PARA HONG KONG

—Creo que nunca olvidaré lo presenciado esta tarde —confesó admirada Fay Rowland, contemplando absorta a «Cocodrilo» *Dandy* —. ¡Cielos, qué modo de deshacerse de enemigos como si fueran simples marionetas!

—Por fortuna, *Dandy* estuvo en lo cierto al insinuar que el coche era robado, de otro modo se hubiese visto metido en un buen lío por utilizar en el centro de Londres métodos propios de la jungla —comentó ceñudo Jordán—. La policía los ha encarcelado acusados de robo de vehículo, destrozos causados con el mismo, así como por la denuncia por estafa interpuesta por *Dandy*, pero de otro modo podrías haberte creado muchos problemas con la justicia británica.

—Es lo malo de vuestra civilización. —Se quejó *Dandy*—. Allí, en la selva, resolvemos estos problemas con mucho más sentido común y eficacia que en vuestras sofisticadas urbes, donde los granujas campan a sus anchas sin que nadie sepa, pueda, ni quiera frenarles.

—*Dandy*, no podemos volver a la selva ni a la vida prehistórica, sólo porque tú le encuentras gusto a esa forma de hacer las cosas. Existen unas normas de convivencia, de respeto mutuo, de orden…

—Ya. ¿Y esas normas las obedecen los estafadores, los navajeros, los ladrones, los violadores, los asesinos y demás delincuentes? —preguntó con ingenuidad «Cocodrilo».

—No, pero… para eso existen castigos reglamentados…

—Oh, muy cierto —rió *Dandy*, burlón—. Se detiene a un presunto culpable y un buen abogado y una fianza le ponen en la

calle, sin que la policía pueda mover un dedo. El tipo vuelve a robar o a matar, hasta que le cogen otra vez y, con un poco de suerte, vuelve a escabullirse con trucos legales, dejando a todos con un palmo de narices. ¿A eso le llamas tú métodos civilizados?

—A veces eres imposible, *Dandy* —se quejó Jordán, malhumorado.

—Me perdonará que le lleve la contraria, señor Jordán, pero estoy totalmente de acuerdo con *Dandy* —terció ahora Fay—. Pienso como él; algo falla en nuestros sistemas, que él sabe resolver mejor que nadie. Y si no, a las pruebas me remito… Esos tres tipos han recibido su justo merecido gracias a las reglas de la selva que tan bien sabe aplicar el señor *Dandy*.

—Preciosa, después de decir eso, no puede volver a llamar «señor» *Dandy* —rió «Cocodrilo», tomando una mano de la secretaria de Jordán—. Gracias por la ayuda. Veo que ha entendido mis razonamientos.

—Bueno, dejemos eso —cortó Jordán, todavía contrariado por el curso de los últimos acontecimientos—. Lo cierto es que sigues sin recuperar tu dinero, porque esos pillos se lo gastaron ya todo. Y sólo cuentas con tus ingresos de la televisión, *Dandy*.

—Ya lo sé. Me arreglaré bien, no te preocupes. No tienes necesidad de hacer de Papá Noel para mí una vez más.

—No digas tonterías. Te haría un contrato en exclusiva si hubiera más trabajo ahora, pero la campaña publicitaria del detergente *Caimán* es la última que tenemos encargada por el momento. Sin embargo, he pensado en algo para ti, algo que te permita ganar dinero sin necesidad de volver a tus selvas amazónicas en busca de pieles de cocodrilo.

—No es tan malo, Jordán. Iré encantado. Empiezo a añorarlas ya.

—No me sorprende, pero sigo pensando que mereces algo más. He meditado sobre ello últimamente. Y creo tener algo que podría interesarte.

—¿Qué es ello?

—Un trabajo en un lugar lejano, donde quizá te encontrarías mucho más cómodo que aquí, en Londres, porque en cierto modo estarías más en contacto con una vida menos agobiante que la de las grandes urbes.

—Temo no entenderte.

—¿Qué tal pasar una temporadita en Hong Kong… y bien pagado, además?

—¿Hong Kong? —*Dandy* enarcó las cejas—. Eso está muy lejos.

—También lo está Brasil.

—¿Y qué se me ha perdido a mí en Hong Kong, si puede saberse?

—Tengo allí un amigo. Un buen amigo. En tiempos fuimos compañeros en tareas de televisión. Pero él fue más afortunado que yo. Es inmensamente rico ahora. Posee un auténtico palacio en el mejor lugar de Hong Kong. Se hizo rico con negocios diversos y se olvidó de la televisión para siempre. El otro día supe de él. Me invitaba a ir con él para llevar a cabo una serie filmada en los mares asiáticos, partiendo en un crucero con salida en Hong Kong. Su oferta era para que le llevase conmigo a alguien lo bastante capacitado para protagonizar esa serie de forma enteramente real, en contacto con la naturaleza. Le respondí que me era imposible abandonar Londres y dejar aquí a mi equipo de trabajo habitual y los estudios que tengo arrendados. Él lo comprendió, y me dijo que no me preocupase, que si le proporcionaba al hombre adecuado para la tarea, bastaría. El mismo organizaría allí su propio equipo de filmación. Le tuve que decir que tampoco podía complacerle porque no conocía a nadie capaz de tal tarea. Pero aún puedo enviarle un cable urgente rectificando mi respuesta… si a ti te interesa, claro.

—No sé qué decir… Yo no soy experto en expediciones marinas.

—Tú eres capaz de hacerlo todo, *Dandy*.

—Me estás sobrevalorando, Jordán. Supongamos que aceptase. ¿Qué ganaría yo con ello?

—La oferta es de veinte mil dólares iníciales como fijo, más los viajes, naturalmente. Luego, todo depende de que las cosas vayan mejor o peor para recibir aún más dinero. Es el doble de lo que te estafaron aquí. ¿Qué me dices?

—Hum, no sé… La oferta es tentadora —admitió *Dandy* pensativo—. ¿Sabes la cantidad de cocodrilos que necesitaría cazar en la jungla para ganar esa suma? Posiblemente tendría que pasar diez años de mi vida dedicándome quince horas diarias a esa labor, teniendo suerte, además.

—¿Entonces…?

—Creo que voy a aceptar. Después de todo, siempre será mejor ir por esos mundos, sea por mar o por tierra, que vegetar aquí, en Londres, anunciando detergentes con cocodrilos de plástico. ¿No sabes en qué consiste exactamente esa expedición?

—Sinceramente, no. Pero por lo que me dijo Bellamy, mi amigo se llama Bellamy, *sir* Edward Bellamy actualmente, en premio de la Corona a sus servicios comerciales y oficiales a Inglaterra, parece ser que sólo se trata de eso, de filmar una serie de documentales para la televisión mundial, patrocinados por él, mostrando las bellezas naturales de Asia, especialmente de los mares de China y de los archipiélagos asiáticos.

—Parece sonar bonito. —*Dandy* se frotó el mentón con el dorso de su mano—. Pero lo pagan demasiado bien.

—*Sir* Edward tiene mucho dinero, recuérdalo —sonrió Jordán—. Y es hombre que disfruta invirtiendo parte de él en algo que le de notoriedad, prestigio y todo eso.

—De acuerdo, de acuerdo. Acepto. Puedes enviar ese cable. E irme preparando el pasaje hasta Hong Kong.

—¡Bravo! Sabía que te gustaría la idea. Todo estará arreglado enseguida, no te preocupes.

Fay Rowland, la secretaria de Jordán, presente en la conversación, hizo un mohín de desagrado.

—No me gustará perderle de vista, *Dandy* —confesó tristemente fijando en él sus ojos azules a través de las gafas—. Me gustaba tenerla cerca.

—Eso es fácil. Véngase conmigo —invitó «Cocodrilo» guiñándole un ojo.

—No es tan sencillo —suspiró ella—. Mi trabajo está aquí, mi vida forma parte de esta ciudad, me guste o no. Lo siento, pero no amo la aventura, el riesgo. Soy demasiado conservadora, me temo, para jugármelo todo a una carta.

—Usted se lo pierde, Fay. Hubiera sido una bonita aventura, se lo aseguro. Suelo ser una compañía bastante agradable, sobre todo en la soledad, en los lugares poco habitados, aunque esté mal el decirlo.

Ella le dirigió una mirada significativa, a la vez que humedecía sus carnosos labios con la punta de la lengua. Sonrió maliciosa.

—Sí, eso creo que es cierto. ¡Lástima!… Pero no siga, o acabaré decidiéndome.

—Eso no estaría nada bien, Fay. ¿Qué haría yo sin una secretaria tan eficiente como usted? —se quejó Jordán.

—No tema. Sabré resistir la tentación —aseguró ella con firmeza.

—Entonces, no se hable más —bostezó «Cocodrilo» incorporándose de la mesa donde había pasado la velada, en casa de Ralph Jordán, en el West End londinense—. Me voy a dormir, porque imagino que mañana mismo me tocará partir hacia Hong Kong, ¿no?

—A ser posible, sí. Buenas noches, *Dandy*.

—Buenas noches a todos.

Y así fue. Al otro día, Ralph Jordán le tenía dispuesto un billete para el vuelo Londres-Hong Kong en la *British Caledonian y Cathay Pacific*, con salida aquella misma noche rumbo a la lejana ciudad asiática.

Jordán fue a despedirle al aeropuerto, pero no así Fay Rowland, que tenía trabajo acumulado. Sin embargo, apenas despegaron de Heathrow, la azafata llegó hasta él tendiéndole un pequeño sobre cerrado.

—Es para usted, señor *Dandy* —informó.

—Gracias —dijo «Cocodrilo» olfateando el sobrecillo. Un tenue perfume llegó hasta su nariz. Le era familiar. Sonrió, abriéndolo.

Contenía una pequeña tarjetita, escrita en letra menuda, pulcra y muy femenina:

> «Buen viaje. Siento no ser lo bastante audaz. Ojalá lo fuese».
>
> «Hasta otra vez. Fay».

—De todos modos, es una buena despedida —murmuró *Dandy*, retrepándose en el asiento y echando el sombrero de piel cosida sobre sus ojos—. Como ella dice, lástima que no haya sido más valiente…

* * *

En el aeropuerto de Kai Tak le estaba esperando alguien. Apenas recogió su valija, una voz femenina le interpeló suavemente:

—Supongo que usted, y sólo usted, puede ser «Cocodrilo» *Dandy*.

Se volvió. Una sonrisa iluminó su rostro, surcándolo de arrugas. *Dandy* siempre sonreía ante una cara bonita. Y aquélla, ciertamente, lo era.

—Pues sí, señorita. Yo soy —admitió él, risueño—. ¿Puedo saber quién es usted, que tan bien parece conocerme?

—Mi nombre es Velda. Velda Bellamy.

—Ya entiendo. ¿Familia de *sir* Edward Bellamy?

—Su hija —sonrió la joven—. Venga conmigo. Le llevaré a casa.

—Será un placer, señorita Bellamy. No esperaba tan buen recibimiento en Hong Kong, la verdad.

—Para ser algo «salvaje», como dice su amigo de Londres, suele usted decir muchas cosas agradables a una mujer —sonrió ella.

—¿Salvaje? ¿Eso dijo Jordán de mí? Ten amigos para eso… —se quejó «Cocodrilo», siguiendo a aquella atractiva muchacha de sencilla elegancia, cabellos suavemente dorados y luminosos ojos claros. Su figura era también sumamente grácil, armoniosa, de breve cintura, bonitas piernas y seno firme. Taconeaba con gracia, camino de la salida del aeropuerto situado en Kowloon, al otro lado del túnel que, poco más tarde, recorría *Dandy* a bordo de un lujoso automóvil conducido por un chófer oriental, en tanto él se sentaba atrás con Velda Bellamy. Una joven, oriental también, vestida de seda azul celeste, ocupaba el asiento vecino al del conductor. Se mostraba totalmente silenciosa. Era menuda y atractiva, de rasgos muy exóticos.

—Papá se puso muy contento cuando supo que Jordán le enviaba a usted. Parece ser que es todo un aventurero en quien se puede confiar —le dirigió una ojeada a su enorme cuchillo dentado, así como a los colmillos de cocodrilo que adornaban su sombrero de cuero y su cuello. También oteó los músculos broncíneos del aventurero, bajo su chaleco de piel de cocodrilo, con mal disimulada admiración—. La verdad es que es usted todo un tipo, por eso le reconocí de inmediato. Jordán dijo que era inconfundible. Y tenía toda la razón del mundo.

—Eso no sé si me halaga o me sitúa en el apartado de los bichos raros que la gente suele mirar con la misma curiosidad con que va

al zoológico, la verdad —sonrió jovialmente *Dandy*, guiñando un ojo a la joven.

—Creo que hay un poco de todo eso en lo que le he dicho —admitió ella riendo—. ¿De dónde procede usted, exactamente?

—De Brasil. Pero no nací allí, claro. Mi apellido real es Kelly. Aunque todo el mundo me llama «Cocodrilo» *Dandy* en vez de *Dandy* Kelly. Vine al mundo en Irlanda.

—¡Irlanda! —Pestañeó Velda—. Mi padre nació en Escocia, pero tenía familia irlandesa también. Eso va a gustarle mucho.

—Yo siempre lo he dicho —suspiró «Cocodrilo»—. Los irlandeses somos como Dios: estamos en todas partes. Ya lo ve, incluso en un lugar como Hong Kong.

—Hong Kong… —Velda miró por la ventanilla—. A veces lo odio.

—¿Odiarlo? ¿A este lugar? ¿Por qué, señorita Bellamy? Usted parece vivir bien aquí.

—Es un lugar ideal para hacer turismo. Para vivir en él es como una cárcel. De acuerdo en que mi padre procura hacerme dorada esa cárcel, pero es cárcel, al fin y al cabo. Estoy deseando volver a Gran Bretaña. O ir a cualquier otro lugar.

—Bueno, parece que su padre tiene el propósito de ir a algún sitio en breve, o yo no estaría ahora aquí…

—Ésa es otra: un yate, el mar, excursiones a las islas, reportajes… Eso le fascina. Y a mí me aburre soberanamente.

—Existe una solución para eso: quedarse en Hong Kong, no vaya a ese viaje…

—Es lo que pensaba hacer —confesó Velda espontáneamente—. Pero usted me ha hecho cambiar de idea.

—¿Yo? ¿Por qué? No creo haberle dicho nada…

—No es eso —audazmente, la joven puso sus dedos sobre el torso de «Cocodrilo», entre los cordones de su chaleco de cuero, rozándole suavemente los músculos—. No necesita decir nada. Va a formar parte de esa expedición, ¿no? Pues es suficiente. Yo iré también. Espero que a su lado va a ser todo mucho más divertido…

—Yo no soy nada divertido, créame. Mucha gente me reprocha mi seriedad…

—Pues yo no estoy de acuerdo en eso, palabra —le arañó suavemente la piel—. No estoy de acuerdo en nada, *Dandy*. Creo

que lo pasaré bien a su lado…

Dandy la contempló sonriendo. Por encima del hombro de Velda, sus claros ojos se fijaron en el espejo retrovisor por puro azar. Descubrió la mirada de unos ojos almendrados fijos en ellos. Eran los de la muchacha oriental de delante.

Y no le gustó la expresión de aquella mirada. Había creído captar odio en ella. Un extraño, frío odio, que le resultó inexplicable, pero que le causó cierta inquietud, aunque fingió no advertir nada.

El coche seguía rodando. Dejaron atrás el túnel, adentrándose en las abigarradas, multicolores calles del centro de Hong Kong, hasta detenerse ante un palacete situado en Happy Valley, la mejor zona residencial de la ciudad, no lejos del Easter Hospital y del Hong Kong Stadium. Una alta verja se abrió electrónicamente, penetrando por un sendero asfaltado que discurría entre los altos setos y frondosa vegetación de un espléndido jardín.

—Bienvenido a casa, «Cocodrilo» *Dandy* —dijo Velda, risueña—. Acaba de entrar en la mansión de los Bellamy, orgullo de la familia. Espero que disfrute de nuestra hospitalidad.

—Sí, yo también lo espero —asintió «Cocodrilo» pensativo.

Se detuvieron ante un soberbio edificio con amplio porche columnado. Un oriental de uniforme acudió a recibirles, abriendo la portezuela del coche y recogiendo la maleta de *Dandy*. Éste observó que entre el empleado y la muchacha oriental se cruzaba una rápida mirada.

Camino de la entrada de la casa, «Cocodrilo» preguntó como al azar:

—Esa chica tan silenciosa que nos acompañaba, ¿quién es?

—Es Tai, mi sirvienta personal. —Velda le miró, curiosa—. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada. Soy muy curioso habitualmente. ¿Y ese chino que ha recogido mi maleta?

—Ése es Lei Chow, nuestro camarero. Habitualmente se ocupa personalmente de los invitados de papá. También se ocupará de usted. Es sumamente eficiente y respetuoso.

—Sí, eso me ha parecido. ¿Hacen buenas migas él y Tai?

—¿Tai y Lei Chow? —Velda no pudo evitar una carcajada—. Cielos, no, claro que no. Creí que era más observador, «Cocodrilo».

Ambos se odian cordialmente. Ni siquiera se hablan. Hace poco tuvieron una pelea y Chow estuvo a punto de irse por causa de ella.

—Ya —dijo «Cocodrilo» sin añadir más.

Pero él estaba seguro de que en aquella mutua mirada fugaz entre los dos orientales no había el menor vestigio de odio, Tampoco de amor, pero odio ni remotamente. En todo caso, «Cocodrilo» hubiera jurado que lo que había era complicidad.

Complicidad, ¿en qué? Eso era lo que aún no veía claro. Por eso no habló de ello.

CAPÍTULO III

UNA NOCHE AGITADA

Sir Edward Bellamy era una persona realmente encantadora. «Cocodrilo» tuvo que admitirlo así cuando llegó a conocerle personalmente.

Hombre fornido pero elegante, de aspecto sobrio, cabellos muy blancos, tez bronceada, ojos claros, porte aristocrático, llevando impecablemente la ropa, ya fuese la chaqueta clara de día o el *smoking* impoluto de la noche, *sir* Edward era la viva imagen del *gentleman* tal como *Dandy* había aprendido en Inglaterra que era semejante clase de personas.

Además, poseía una simpatía arrolladora, una irresistible imagen de individuo abierto, cordial, casi avasallador de puro optimismo y jovial. Podía decirse de él que irradiaba energía y personalidad.

—Es un honor conocer a un hombre como usted —dijo apenas estrechó la mano de *Dandy*—. Pedí a Jordán un aventurero vulgar, y él me envía a todo un personaje, un auténtico héroe de leyenda.

—Un héroe que anuncia detergentes en televisión —rió *Dandy* de buen humor—. A eso hemos llegado en estos tiempos. El otro día vi una película con los caballeros de la Tabla Redonda. Se llamaba *Excalibur*. Eso sí que eran héroes.

—Bah, pura fantasía —rechazó jovialmente *sir* Edward soltando una fácil carcajada—. Veo que tiene sentido del humor. Pero si alguna vez existieron los caballeros del rey Arturo, ambos sabemos bien que distaban mucho de ser como los pinta la literatura y el cine, ¿verdad? En cambio usted… Desde las junglas del Brasil a las grandes urbes americanas. Y enseguida la fama, gracias a la captura

de unos traficantes de droga.

—Eso es. Y luego el detergente y la televisión —bostezó «Cocodrilo».

—Nuestra lamentable sociedad actual… —se quejó *sir* Edward —. Yo no pretendo rebajarle hasta ese extremo, amigo mío. Desde que supe que era usted, precisamente *usted*, el que venía a Hong Kong, he preparado en su honor una fiesta especial…, que espero le guste.

«Cocodrilo» torció el gesto. No le gustaba la idea de «fiestas» en su honor. No le sonaba nada bien, fuese ello lo que fuese.

—Le aseguro, *sir* Edward, que no vengo a disfrutar de festejos, sino a hacer algo que Jordán me indicó: expediciones, aventuras en el mar y en las islas y cosas así…

—Oh, claro, claro. —Bellamy hizo un gesto elocuente—. Deje eso en mis manos, mi querido amigo. Eso vendrá luego. Ahora, sobre todo, siéntese en la mesa, coma cuanto desee, descanse y cámbiese de ropa tras una buena ducha reparadora. Luego será el momento de concurrir a esa fiesta montada en su honor.

—Tengo poco apetito, escaso sueño… y rara vez me cambio de ropa, aunque sí me gusta ducharme a menudo —confesó «Cocodrilo»—. Estaré a su disposición enseguida, *sir* Edward.

—Excelente. Yo voy a ultimar los detalles de la velada. Si necesita ayuda, llame a Lei Chow, nuestro mozo. Está para servirle. Y si prefiere las chicas bonitas de Hong Kong… —Le guiñó un ojo —. Bueno, entonces llame a Tai, la doncella de mi hija. Le aseguro que no le hará ascos a la idea de bañarle con sus manos. Las tailandesas son expertas en esa tarea. Y ella es de Thailandia.

—Creo que me inclinaré por la chica —dijo *Dandy*—. No me seduce la idea de que un hombre me de masaje en las espaldas…

—Oh, lo entiendo, lo entiendo —rió Bellamy de buen humor dándole una fuerte palmada—. Le aseguro que lo que Tai masajea no es precisamente la espalda, mientras uno se baña… Pero será mejor que no lo comente con mi hija. Eso no suele gustarle.

—Sí, lo comprendo muy bien —«Cocodrilo» asintió, echando a andar hacia sus dependencias de huésped de honor de la suntuosa mansión de los Bellamy—. Una pregunta antes, *sir* Edward.

—¿Sí? La que quiera, muchacho.

—¿Por un casual… hay cocodrilos formando parte de ese festejo

de esta noche?

—¿Cómo lo supo? —Los ojos azules de *sir* Edward se abrieron enormemente.

—Sólo era un presentimiento —suspiró *Dandy*, alejándose definitivamente. Y gruñó entre dientes—: ¡Cocodrilos…!

* * *

Cocodrilos.

Varios cocodrilos. Grandes todos ellos. De enormes fauces.

Dandy los examinó críticamente, mientras los elegantes invitados de *sir* Edward que deambulaban por los jardines de la mansión, le examinaban a él con no menos sentido crítico, como si formase parte del zoológico improvisado por el caballero Bellamy.

Nunca le habían asustado o preocupado los saurios. Formaban parte de su vida en las selvas amazónicas, donde los cazaba para vender sus caras pieles a los comerciantes de Manaos. Eran su enemigo natural. Pero no le gustaba utilizarlos como parte de un *show*. Ya había tenido antes esa clase de experiencias. Primero en el cine, cuando conoció a la famosísima «estrella» del *rock* y de la pantalla, Rosana,[2] Luego, en la televisión con el inefable Ralph Jordán, en sus estudios publicitarios de Londres. Y ahora en Hong Kong, para deleite de un puñado de petimetres y de encopetadas damas enjoyadas, invitados de honor de *sir* Edward Bellamy. Seguía sin gustarle.

Sobre todo, cuando aún conservaba en su piel la suavidad de las manos de Tai, la dulzura de sus labios, recorriendo su cuerpo, besando sus más íntimos rincones en una demostración de las delicias tailandesas en una bañera, hasta llegar al éxtasis entre sus senos casi virginales. Todo lo relajante de aquel baño tailandés, iba a estropearse ahora, con la «función» preparada por *sir* Edward para sus amistades.

Pero lo cierto es que «Cocodrilo» iba pensando en Tai por diferentes motivos al margen de sus caricias manuales o bucales y de su indiscutible capacidad erótica. La había hecho unas pocas preguntas. Pocas, pero hábiles. Y la menuda y sensual muchacha habíase mostrado prudente siempre, evasiva en casi todo momento. Demasiado prudente, demasiado evasiva para ser sincera, se decía *Dandy* a sí mismo, evocando la breve charla entre deleite y deleite,

allá en la bañera de tibia agua perfumada, junto a la desnudez casi infantil de la pequeña tailandesa:

—¿Por qué no te gusta Lei Chow? —Había sido su primera pregunta.

Ella se puso de inmediato en guardia. *Dandy* casi captó su tensión repentina en todo el cuerpo desnudo. Los orientales no dominaban sus emociones tan perfectamente como se decía. Al menos, no ante él.

—No le odio —manifestó—. Me es indiferente.

—No es eso lo que dijo tu señora.

—Bueno, él no es amable ni simpático. Trata a las mujeres con desprecio. Dice que sólo servimos para ser unas humildes siervas.

Mientras hablaba, Tai apoyaba su cabecita en sus muslos, besaba su piel, para acabar sepultando el rostro de exóticas facciones sobre sus ingles. «Cocodrilo» conoció el arte tailandés a fondo a partir de ese momento. Los labios y la lengua de Tai eran capaces de resucitar a un muerto en tales lides.

—El parece enamorado de ti —siguió *Dandy*, entre ladeos de placer.

—Yo no lo estoy de él. No me gusta —fue la respuesta, entre succiones excitantes.

—Yo hubiera jurado… que no te caía mal… del todo… —Le salían entrecortadas las palabras ahora, mientras aquel diablillo de muchacha le iba aproximando al clímax.

—No, señorito. Se equivoca —le miró, mientras la boca pequeña parecía agrandarse al engullir lo que parecía imposible. Sus succiones aumentaron de ritmo. Pero antes de culminar su obra volvió a murmurar, entre caricias turbadoras—: No hay nada entre Lei Chow y yo. Nunca lo hubo ni lo habrá. No debe sentir celos. Usted me gusta. Le haré esto cuantas veces me lo pida…

Y volvió a su tarea. *Dandy* ya no preguntó más. No pudo. Su cuerpo pareció estallar al derretirse en la boca ávida de la muchacha.

Y eso fue solo el principio…

—Es usted un insolente. Está mirando mis pechos.

Volvió a la realidad. Se olvidó de Tai. Y de sus filigranas bucales y otras caricias dignas del Kama Sutra. Comprobó que, ciertamente, estaba con la mirada absorta en el descote de una dama exuberante,

de enormes senos casi al desnudo en su audaz traje de noche.

—Perdone, señora —carraspeó, desviando la mirada—. Pero los frutos tropicales siempre me han encantado. Sobre todo, los melones.

—¡Insolente! —exclamó la dama, escandalizada, fulminándole con la mirada.

—Oh, no, señora —sonrió *Dandy*—. Sincero, tan sólo. Pero los melones me gustan duros y jugosos, no blandos o demasiado maduros. De modo que no se inquiete por mí.

La dejó atrás, enrojecida, llena de ira y de despecho, incapaz de hablar. Siguió saludando mecánicamente a otros invitados de su anfitrión. Velda, radiante de hermosura, enfundada en un bellísimo vestido de lammé rojo púrpura, se acercó a él, colgándose sonriente de su brazo. Parecía feliz por algo.

—Es usted maravilloso —confesó jovialmente—. Acabo de oírle decir unas cuantas cosas a *lady* Warrington. Nunca nadie le soltó algo tan merecido. Se cree que tiene las tetas más seductoras de todo Hong Kong. Las más grandes, posiblemente sí, pero las más atractivas, como ella cree… La verdad, *Dandy*, todo el mundo lo ha pasado en grande escuchando lo que dijo, aunque procurasen disimularlo. Mi padre no puede tenerse de risa. Sólo con eso, les ha caído usted fenómeno a todos… menos a *lady* Warrington, por supuesto.

Los ojos claros y diáfanos de «Cocodrilo» se fijaron en el gran estanque central, alumbrado por unos reflectores dispuestos adecuadamente. En él pululaban los saurios en número de una media docena. Las luces hacían brillar sus escamosas pieles.

—Supongo que estarán amaestrados… —dijo.

—¿Los invitados? —bromeó Velda.

—No, los cocodrilos —rió *Dandy*, de buen humor.

—Bastante más que *lady* Warrington, sí. No tema nada, *Dandy*. Aquélla es su instructora. Una experta en la materia. Tiene fama en toda Victoria.

Dandy miró curioso adonde señalaba Velda. Una extraña, exótica mujer, permanecía sentada cerca del estanque, contemplando a los saurios. Era una dama oriental, de pelo negro, reluciente, peinado tirante hacia atrás, de ropas de seda negra, alta y majestuosa. Sus rasgados ojos oblicuos parecían tener un peculiar magnetismo.

—¿Una mujer, entrenadora de cocodrilos? —se sorprendió *Dandy*.

—Es la mejor. Ha actuado para varias películas americanas, incluso. Esto no va a ser una cacería en el Amazonas, sino una simple exhibición de unos minutos para la galería, compréndalo. No hará daño a los cocodrilos, ¿verdad?

—Si ellos no me lo intentan hacer a mí, ciertamente no —fue la respuesta de *Dandy*.

—¡Atención, señoras y caballeros! —comenzaba a decir en ese momento *sir* Edward en voz alta—. En honor de nuestro invitado especial, señor *Dandy* Kelly, más conocido mundialmente como «Cocodrilo» *Dandy*, hemos organizado esta pequeña fiesta, con una exhibición que el propio *Dandy* va a hacernos de sus habilidades como cazador profesional de cocodrilos… aunque, naturalmente, sólo de un modo fingido, con saurios debidamente amaestrados, puesto que aquí no se trata de cazar, de matar ni de obtener pieles o derramar sangre inútilmente, sino de divertimos todos un poco, rindiendo a la vez, un tributo de admiración a este nuevo héroe romántico de nuestro tiempo, surgido de un mundo salvaje y remoto como es el de las junglas brasileñas. ¡Con ustedes nuestro común amigo… «Cocodrilo» *Dandy*!

Señaló hacia él, iniciando un aplauso. Todos siguieron su ejemplo. Todos, menos *lady* Warrington, que se mantuvo altiva, majestuosa. *Dandy* rió, guiñándole un ojo a la dueña de aquellos inmensos senos. Ella desvió la mirada, con aire ofendido.

De mala gana, fingiendo una sonrisa en su curtido rostro, *Dandy* avanzó hacia las luces. Se quedó en el estanque, mirando a los animales que chapoteaban en el agua.

La exótica dama de negro se incorporó, acercándose a él. Su oblicua mirada se fijó en «Cocodrilo».

—Soy Kuala Surbay, la domadora de saurios —se presentó—. Todo está en orden. Los animales saben fingir bien la lucha e incluso la ferocidad, pero eso es todo. Actuarán como unos perfectos actores ante una cámara, no se preocupe por ellos, *Dandy*.

—Yo no me preocupo, amiga mía —sonrió «Cocodrilo»—. Son ellos los que deberán de preocuparse si se salen de su papel…

Y se metió en el estanque decidido, mientras se producía el silencio en el jardín repleto de invitados. Sacó su formidable

cuchillo dentado, que centelleó al ser herido por las luces dispuestas sobre las aguas. Los cocodrilos le rodearon de inmediato, abriendo sus enormes fauces ávidamente.

Dandy comenzó a juguetear con ellos, revolcándose en las aguas o dando vueltas abrazando a cada uno de los amaestrados saurios que, efectivamente, cumplían su papel como hábiles actores en una representación, fingiendo luchar con él a muerte. *Dandy* procuraba no rozarles siquiera con su arma, limitándose a marcar los golpes que hubieran podido ser mortíferos para los reptiles en una lucha auténtica.

Los aplausos comenzaron a resonar de nuevo en la zona ajardinada de la mansión. «Cocodrilo» siguió con su representación, dominando difícilmente un bostezo de hastío. Si aquella gente se divertía con semejante mamarrachada, él desde luego, no.

Se aferró a otro de los cocodrilos, casi rutinariamente, comenzando a juguetear con él como en una lucha a muerte. Y, de repente, algo sucedió.

Las fauces del saurio se abrieron ante él. Los colmillos brillaban como finos cuchillos de blanco metal. Si no retira a tiempo su brazo, se lo hubiera cercenado limpiamente a la altura del codo. Las fauces se cerraron con escalofriante chasquido.

Luego, mientras *Dandy* se reponía de la sorpresa, Kuala Surbay, la domadora, corrió a la orilla del estanque, gritando algo en lengua oriental. Hubo un movimiento de desconcierto y de terror en la gente. Un caimán se salió del estanque, lanzándose vorazmente hacia las mujeres agrupadas ante el agua. Abrió sus fauces. Las mujeres gritaron, aterrorizadas, iniciando la fuga. Los hombres también se dispersaron sin saber qué hacer. Los gritos exasperados de la domadora no servían de nada. El reptil corría detrás de las mujeres. Y no estaba jugando. Si pillaba a una de ellas, la trituraría entre sus fauces.

«Cocodrilo» lanzó una imprecación, disponiéndose a correr en pos del animal enloquecido, cuchillo en mano. No le fue posible… Otro cocodrilo saltó sobre él inesperadamente, buscándole con sus dentelladas y coletazos. De repente, todos los cocodrilos, poco antes tan dóciles, parecían haber enloquecido.

Dandy tuvo que defenderse. Fue derribado por uno de los saurios. Le atacaron otros dos. Se revolvió, clavando su cuchillo

hasta la empuñadura en el vientre de uno de ellos. La sangre salió a borbotones, enrojeciendo toda el agua ante el general horror de un público repentinamente aterrorizado. Otro satirio escapó de las aguas, para precipitarse sobre su domadora, que les gritaba órdenes en vano. Parecían todos ellos fuera de control.

Otro cocodrilo saltó sobre *Dandy*, impidiéndole ir en auxilio de la gente que escapaba despavorida por doquier. Él le recibió con una pesada silla de metal que tomó con rapidez de la orilla del estanque. Se la encajó entre las fauces, justo cuando el animal las cerraba vorazmente esperando su presa. El metal crujió, arrugado por la enorme fuerza de la bestia.

Rápido, «Cocodrilo» le hincó dos cuchilladas brutales en los ojos, dejándole ciego. Pudo salir a toda prisa de las aguas, a tiempo de caer sobre el saurio que atacaba a su domadora. Se revolcó con él en el césped, salvando oportunamente una de las piernas de la mujer oriental Acabó la pugna en segundos, acuchillando sin piedad a la fiera anfibia, cuyo vientre desgarró brutalmente.

Jadeante, cubierto de sangre de saurios, echó una ojeada en torno. Algunas mujeres hablan caído en el césped, en su angustiada fuga. Los dos reptiles estaban a punto de lanzarse sobre ellas. Reconoció entre las caídas a la propia Velda. Y a la inefable *miss* Warrington, ahora con todos sus enormes pechos completamente fuera del escote, tal vez como fácil manjar para el cocodrilo agresor…

Corrió hacia ellas. Fugazmente, captó un grito agudo de *sir* Edward a su espalda:

—¡El fusil, «Cocodrilo»! ¡Traigo un fusil de gran calibre, utilícelo!

No tenía tiempo de eso. Los saurios estaban ya sobre las mujeres. Velda chilló, dominada por el horror. *Lady* Warrington iba a perder sus respetabilísimos pectorales entre los colmillos de un enloquecido animal.

Dandy cayó sobre éste justo en el momento preciso. Lo aferró con rabia, haciéndole que se revolviera contra él, furibundo por la interrupción. Esta vez sí fue una feroz, despiadada lucha a muerte, dando tumbos hombre y animal por la hierba, hasta que el cuchillo sangriento de *Dandy* logró hundirse en el cuerpo de la bestia una y otra vez, no sin que antes los colmillos de ésta dejasen su huella en

un brazo del cazador.

Restallaron dos disparos de rifle. Luego, otros dos. Por el suelo, se revolcaban dos animales más, alcanzados por las balas de un potente rifle de caza mayor empuñado por *sir* Edward Bellamy.

La lucha había terminado. Seis animales yacían en el jardín, desangrándose, tras la tremenda masacre de cocodrilos en que había terminado el «festival» de exhibición en honor del invitado llamado «Cocodrilo» *Dandy*.

Tras el dramático suceso, reinaba un silencio de muerte en los jardines, sólo alterado por los sollozos de las mujeres. *Lady* Warrington, olvidando pasadas ofensas, se abrazó a él entre llanto histérico, hundiendo virtualmente el rostro de *Dandy* entre sus poderosas glándulas mamarias, que envolvieron al cazador casi ahogándole.

—¡Le debo la vida, mi héroe! ¡Le debo la vida! —gemía la mujer una y otra vez—. ¡Pídame lo que quiera, soy toda suya!

Dandy se apartó de ella antes de que aquellos pechos inmensos le asfixiasen. La mujer gemía al sentir las manos de él presionando sus senos para apartarla, como si pensara en que iba a poseerla allí mismo, a la vista de todos, cosa que sin duda la hubiera complacido mucho a la dama.

El cazador se puso violentamente en pie. Su brazo sangraba copiosamente, pero no hizo el menor caso de ello, corriendo hacia Kuala Surbay que, como en trance, contemplaba los cuerpos sin vida de sus caimanes. La zarandeó con energía.

—¡Vamos, hable! —le exigió—. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Con que ésas eran sus inofensivas criaturas? ¿Qué clase de adiestramiento les dio? ¿Para matar a la gente?

—No lo comprendo… No puedo entenderlo… —susurró la mujer —. Llevaba varios años llevándoles a todas partes. Jamás hicieron daño a nadie, ni siquiera se excitaron nunca… No tiene sentido… Es como si se hubieran vuelto locos de repente… Juro que nunca pasó antes nada parecido. Ni siquiera uno de ellos dejó de ser dócil…

—Entonces, algo ha pasado aquí para que de repente se volvieran una jauría asesina —dijo sombrío *Dandy* contemplando a las bestias inertes. Llevado de un repentino presentimiento se acercó al estanque. Se inclinó, hundiendo la mano en el agua. Se llevó los dedos a la boca, probándolos. Escupió luego.

—Esa agua sabe rara —dijo sordamente—. *Sir* Edward, ¿con qué la purifican?

—Con cloro, como todas —dijo el dueño de la casa, lívido, acercándose a él empuñando un rifle humeante—. Eso no tiene sentido, «Cocodrilo».

—Vaya si lo tiene. Sabe a algo ácido. Alguien drogó ese agua, seguro. Y los animales, al ingerirla, enloquecieron. ¿Quién se ocupa de preparar el estanque?

—Bueno, fue cosa de Lei Chow esta misma noche… —comenzó *sir* Edward, confuso.

—¿Dónde está él ahora? —demandó *Dandy* con energía.

—Dentro, en la casa… —dijo el dueño de la mansión—. No pretenderá…

Dandy no le dijo si pretendía hacer algo o no. Le dejó con la boca abierta, corriendo al interior de la vivienda sin perder el más mínimo tiempo. Fue abriendo y cerrando puertas como si fuese un huracán. Su brazo seguía goteando sangre, pero eso no parecía importarle lo más mínimo.

Encontró a Lei Chow en las cocinas. Y a Tai con él. La tailandesa experta en juegos eróticos parecía sentir por Lei Chow algo muy distinto a lo que dijera en la bañera de *Dandy* poco antes. Lou Chow la estaba estrujando en sus brazos, recorriendo su cuerpo con ambas manos, febrilmente. Y ella usaba una mano para hundir sus uñas en su nuca, mientras la otra se hundía entre las piernas varoniles. Sin embargo, ella gemía entre dientes:

—Más tarde, Lei… Más tarde… Tenemos que huir de aquí antes de que sospechen algo…

—Hay tiempo —respondió él—. Hay tiempo de sobra… Están demasiado ocupados con defenderse de los cocodrilos asesinos… Te deseo, Tai…

—Y yo a ti. Me costó disimular todo este tiempo… Lei, vámonos, luego seré toda tuya, haré lo que quieras… pero salgamos ya de esta casa…

—Bonita escena sentimental —dijo con sarcasmo «Cocodrilo».

Se separaron como si de repente sus cuerpos desprendieran calor ardiente. Se volvieron a mirarle con ojos dilatados. Ella lanzó una imprecación de ira, relampagueando de odio sus oblicuas pupilas.

Por su parte, Lei Chow extrajo una pistola automática de entre

sus ropas, provista de silenciador. «Cocodrilo» no vaciló. De su mano salió disparado el enorme cuchillo de caza, que silbó en el aire, yendo a clavarse en la garganta del oriental. Le dejó clavado contra el muro, como si fuese un objeto, antes de que pudiera apretar el gatillo de su arma.

Tai lanzó un grito de terror al verlo. Intentó escapar ágilmente, pero *Dandy* planeó por los aires en una increíble zambullida, cayendo sobre ella. Le derribó consigo por el suelo, sujetándola fuertemente para impedir que le golpeara y pateara. La retuvo contra el pavimento de *parquet*, mirándola fríamente.

—De modo que no te gustaba Lei Chow, ¿eh? —Silabeó—. Es difícil engañar al viejo cazador, amiguita. Estos ojos sirven para algo más que para ver lo que es obvio… Sabía que estabais confabulados los dos en algo, pero no sabía en qué. ¿Por qué drogó tu compinche las aguas del estanque? ¿Por qué quería enloquecer a los pacíficos caimanes amaestrados para convertirlos en feroces asesinos? ¿Qué juego es éste?

—Nunca lo sabrás —desafió la tailandesa despectiva, ya muy diferente a la diestra y dócil amante de antes—. ¡Nunca, sucio extranjero, miserable entrometido!

Le escupió a la cara. Imperturbable, *Dandy* apretó más aún las muñecas de Tai.

—Vamos, habla —la apremió—. Tendrás que hacerlo tarde o temprano. Voy a entregarte a la policía, pequeña víbora. Esta noche pudo haber habido una masacre ahí afuera, por culpa tuya y de ese rufián.

—Sólo entregarás un cadáver a la policía, desgraciado —dijo Tai altivamente. Y apretó con más fuerza sus labios.

«Cocodrilo» oyó crujir algo entre ellos. Frunció el ceño. La mueca risueña, despectiva, de su prisionera, le hizo entender, aunque demasiado tarde. La forzó a abrir la boca con una mano. La saliva se mezclaba con un líquido verdoso, espumeante. Fragmentos de débil vidrio brillaban entre sus apretados dientes.

—¡Veneno! —exclamó—. ¡Una ampolla de veneno en la boca! Maldita estúpida…

Trató de provocarle arcadas, de hacerla vomitar. Tarea inútil. Los ojos de ella se vidriaron con rapidez. La boca se puso rígida. En pocos segundos quedó exánime.

Estaba muerta. El veneno debía de ser fulminante, activísimo.

La soltó. Volvió la cabeza. Tras él asomaban ya si Edward, su hija Velda y algunos invitados, que contemplaron con mudo horror el cadáver de Lei Chow, clavado al muro de madera, así como el cuerpo de la muchacha.

—Dios mío, *Dandy*, ¿qué ocurre aquí? —jadeó *sir* Edward, mortalmente pálido.

«Cocodrilo» se puso lentamente en pie, sombrío el rostro. Se quedó mirando al magnate de Hong Kong fríamente.

—Eso es lo que tiene que explicarme usted, *sir* Edward —respondió—. ¿Qué ocurre aquí? No parece lógico que, por una simple excursión para filmar un documental por estos contornos, alguien drogue el agua de un estanque, convirtiendo en feroces criminales a unos cocodrilos amaestrados. Y menos aún que ese alguien intente matarle con una pistola provista de silenciador, que esté relacionado clandestinamente con una doncella que fingía ser su enemiga… y que ella se suicide antes de hablar, ingiriendo un veneno oculto en su paladar. Aquí sucede algo. Y algo grande, algo demasiado importante como para justificar hechos tan insólitos.

Sir Edward bajó la cabeza. Se volvió a sus invitados cansadamente.

—Por favor, salgan. Vuelvan al jardín, estaré enseguida con todos ustedes —al irse ellos y quedarse solos él y su hija Velda con *Dandy*, confesó amarga, resignadamente—: Sí, es cierto, «Cocodrilo». Hay algo importante que justifica todo eso. Sólo que no podía sospechar que las cosas iban a tomar semejante cauce…

CAPÍTULO IV

EL TESORO FILIPINO

—Lo cierto es que tengo enemigos. Grandes enemigos. Pero jamás imaginé que llegaran tan lejos. ¿Cómo sospechó usted, apenas llegado, de Tai y de Lei Chow?

—Simple observación. Me fijé en que cambiaban miradas a escondidas de los demás. Era obvio que fingían unte la gente, pero que estaban sumamente unidos. Eso me hizo pensar que ocultaban algo, pero inicialmente solo pensé en un asunto amoroso. Fue al ocurrir lo de los cocodrilos cuando sospeché algo mucho más oscuro y complicado.

—¿Qué pretendían exactamente con lo que hicieron?

—Es fácil imaginarlo. Sobre todo, deshacerse de mí. Pensaron que seis caimanes enloquecidos por una droga especial mezclada en el agua del estanque, serían capaces de deshacerse fácilmente de cualquier hombre, por experto que fuese en la lucha contra ellos. De paso, podía ocurrir que usted mismo y algunos otros de sus invitados fuesen víctima de los exasperados animales, mientras Tai y Lei Chow se ausentaban de aquí prudentemente, una vez cumplida su misión.

—Dios mío… Dios mío… —*Sir* Edward se llevó las manos a la cabeza—. Pensar que mi propia hija podría haber muerto esta noche horriblemente destrozada…

—Papá, no te tortures con eso —le calmó Velda, pasando una mano por los cabellos de su padre dulcemente—. Estaba ahí «Cocodrilo» *Dandy*, y eso nos salvó a todos. Incluso a la señora Warrington, que ahora mira a *Dandy* con ojos tiernos, como si fuese

su caballero andante —concluyó la joven con una sonrisa.

También «Cocodrilo» esbozó una leve sonrisa, pero *sir* dejar de mirar seriamente a su anfitrión al que, de pronto, interrogó con sequedad:

—Esa historia de la filmación de una serie televisiva es una farsa, ¿verdad?

Sir Edward Bellamy asintió lentamente, sin mirarle.

—Sí, lo es —admitió, sorda su voz.

—Lo suponía —suspiró *Dandy*—. ¿De qué se trata exactamente?

—De… de un tesoro.

—¿Un tesoro? —«Cocodrilo» enarcó las cejas, incrédulo.

—Sí. No es un tesoro vulgar. Nada menos que algo valorado en cien mil millones de dólares.

«Cocodrilo» silbó entre dientes. La cifra era mareante. Pero su gesto seguía siendo escéptico. Nunca había creído demasiado en las historias de los tesoros. Conoció a mucha gente que, tras aventurarse por las selvas brasileñas en busca de la tribu de las amazonas o de una mítica ciudad de oro perdida en la jungla, aparecieron muertos por los jíbaros o extenuados en una búsqueda infructuosa de algo que jamás existió.

—Eso es mucho dinero —comentó cauteloso *Dandy*—. Demasiado, diría yo.

—Es lo mismo que dije yo cuando me contaron la historia. Luego, consulté documentos, hablé con personas que sabían algo de ese tesoro. Todos me confirmaron que el mismo existe en algún lugar del Pacífico.

—¿El típico galeón español hundido? —Trató de ironizar *Dandy*.

—No, ni mucho menos —rechazó su interlocutor—. Es el tesoro del «tigre de Malasia». El tesoro japonés, producido del saqueo de incontables ciudades y bienes ajenos: joyas, lingotes de oro, piedras preciosas… Un militar japonés al que MacArthur hizo ahorcar al rendirse el Japón, ocultó en alguna parte de las Islas Filipinas ese tesoro fabuloso. Nadie supo dónde, porque los hombres que le ayudaron a esconderlo en su día, fueron luego asesinados por su jefe, para que nadie, excepto él mismo, supiera el paradero de la inmensa fortuna. Al morir en la horca tras un juicio sumarísimo, se llevó consigo el secreto a la tumba. Ese hombre era el general Tomoyuki Yamashita, uno de los más prestigiosos militares

japoneses de la II Guerra Mundial.[3]

—Vaya botín… Por cien mil millones de dólares, cualquier hombre haría lo que fuese, incluso matar a sus familiares más cercanos, sobre la clase de hombres que suelen verse mezclados en esas aventuras de codicia y de ambición.

—Yo sólo busco la parte espectacular del asunto, la gloria de ser el descubridor del escondite del tesoro, para poder mostrarlo al mundo. Y, de paso, evitar que esa enorme fortuna pueda caer en manos de gentes desaprensivas, de aventureros sin conciencia, capaces de todo con semejantes medios en sus manos.

—De modo que existen otras personas que también buscan el tesoro…

—Así es. Personas capaces de todo lo peor. Gente sin escrúpulos, pero, además, dotada de medios y de poder.

—¿Quiénes, concretamente?

—Uno por encima de todos: Ken Kubert, un aventurero internacional, un mañoso de altos vuelos, que además posee influencias, amistades y relación con políticos importantes del lugar donde, supuestamente, se ocultó el tesoro antes de que los americanos reconquistaran el terreno perdido, a finales de la guerra mundial.

—¿Y ese lugar es…?

—Las Filipinas, por supuesto. Cualquier lugar de esas islas puede albergar el más fabuloso tesoro jamás escondido. Ken Kubert y su banda lo buscan. Ellos tienen contactos con políticos corruptos del Gobierno filipino, que les ayudan en la búsqueda. Cualquiera que pretenda competir con ellos, es persona muerta. Sé de al menos cuatro personas que lo intentaron en diversas ocasiones y que ahora yacen en el fondo del Pacífico, víctimas de singulares «accidentes». En todos los casos, tanto Kubert como los funcionarios filipinos mezclados en el asunto, quedaron libres de toda sospecha. Me consta que Cory Aquino conoce los hechos, pero le resulta imposible probar nada contra sus políticos corruptos. Se ha dicho que incluso la KGB soviética anda implicada en esa búsqueda, por lo que, caso de ser ellos quienes den con el tesoro, su destino final inevitable sería la Unión Soviética. Pero Ken Kubert sigue siendo el más duro adversario en ese sentido. Es capaz incluso de plantar cara a los agentes rusos con su propia mafia, organizada en Manila bajo

el pomposo nombre de Compañía de Búsquedas Sol Naciente. Sus pistoleros y asesinos a sueldo no tienen el menor escrúpulo en actuar contra cualquier competidor peligroso para sus intereses.

—Y usted, hombre rico, poderoso económica y socialmente, es un peligro para Ken Kubert.

—Eso parece.

—¿Sabe alguien más que ustedes dos lo que planea sobre ese tesoro?

—Ahí está lo raro: nadie lo sabe. Únicamente le dije algo a mi amigo Jordán, de Londres, pero sé que él es prudente, que no repite nada a nadie al respecto.

—Es verdad. A mí nunca me comentó la verdad de este asunto, pese a elegirme como el hombre para ayudarle a usted en la empresa.

—Es indudable que Kubert tiene medios para averiguarlo todo, sea como sea. Su gente se infiltra en todas partes, ya lo ha visto con Tai y con Lei Chow.

—Y ahora, *sir* Edward, ¿qué piensa hacer, después de lo sucedido aquí esta noche? La advertencia es, sin duda, de lo más elocuente…

—Lo sé. Pero pienso seguir adelante —encajó combativamente las mandíbulas—. Comprenderé muy bien que usted no quiere embarcarse en algo tan arriesgado, *Dandy*. Le pagaré lo convenido, le daré el pasaje de vuelta a Londres, y le pediré disculpas por haberle ocultado la verdad de mis intenciones.

«Cocodrilo» se incorporó, paseando por la estancia. Asomó a un ventanal de la sala donde estaban conversando. Abajo, en los jardines, ahora menos alumbrados, unos hombres estaban retirando los cuerpos de los saurios muertos, bajo la entristecida mirada de Kuala Surbay, la domadora de cocodrilos.

Reflexionó en silencio unos segundos. Luego se volvió hacia Bellamy y su hija.

—No me gusta que alguien intente asesinarme, *sir* Edward —dijo calmoso—. Y eso es lo que trató de hacer ese maldito Kubert. Tengo, por tanto, una cuenta pendiente con él. Cuente conmigo. Iré en esa expedición.

—Cielos, *Dandy*… —Los ojos de Bellamy se animaron—. ¿Está seguro?

—Yo, cuando tomo una decisión, siempre estoy seguro de ella.

—Gracias, *Dandy* —murmuró la joven—. Eso le honra. Sabía que no iba a defraudamos. Pero podemos encontrar la muerte en nuestro empeño…

—Eso, ya lo sé. La muerte podemos encontrarla en cualquier parte, amiga mía —sonrió «Cocodrilo»—. Personalmente, he tenido algunos tropiezos con ella. Pero hasta el momento, he logrado apartarme a tiempo de tan incómoda compañía…

Luego, se echó a reír jovialmente. Y hasta *sir* Edward y su hija no tuvieron otro remedio que corear su risa con inmejorable humor, pese a todo lo acontecido en aquella dramática noche.

* * *

Despertó «Cocodrilo» a la mañana siguiente, tras haber tenido un desagradable sueño en el que se veía rodeado por docenas de cocodrilos furiosos, sin tener siquiera un arma en sus manos para luchar contra ellos.

Se enjugó el sudor tras la pesadilla, incorporándose rápidamente para irse a la ducha. Mientras el agua corría por su enjuto, musculoso cuerpo desnudo, recordaba los días felices en que dejaba caer sobre él las aguas de cualquier cascada de la selva brasileña o se zambullía en algún arroyuelo cercano al Amazonas.

Ésos eran otros tiempos. Los evocaba con nostalgia. Nunca le había gustado del todo la civilización, las ciudades, el bullicio urbano y la falsa vida del ser humano entre asfalto, coches y contaminación. Pero ahora formaba parte de todo eso. Tal vez por ello, ansiaba estar cuanto antes embarcado en aquella loca aventura en pos de un mítico tesoro japonés, posiblemente existente sólo en la fantasía de *sir* Edward y de otros varios, entre ellos al desaprensivo Ken Kubert.

La idea de alejarse de las ciudades, de navegar por mar abierto, de visitar islas poco o nada habitadas, era otra cosa: era volver al contacto con la Naturaleza, el que perdiera el día que abandonó Brasil por una mujer caprichosa y muy bella, que fue la primera en lanzarle a la vorágine de la moderna civilización.

Canturreó en la ducha, feliz, saliendo luego para secarse y ponerse otras ropas limpias, aunque siempre iguales: pantalón ceñido, chaleco de piel de cocodrilo, atado por cordones sobre el

torso, así como su habitual sombrero de cuero, con un cerco de colmillos de cocodrilo idéntico al que lucía en su cuello. Ajustó el enorme cuchillo de caza en su vaina de piel, se miró al espejo, encontrándose casi guapo, sonrió y se dispuso a comenzar un día que se presumía activo, puesto que *sir* Edward iba a ultimar en él sus planes para emprender viaje hacia las Filipinas, cosa que se llevaría a cabo al día siguiente.

Era aún muy de mañana. La lujosa mansión de Hong Kong aparecía aún desierta, a excepción de los sirvientes, que recorrían silenciosos las dependencias de la misma. Le saludaron ceremoniosamente con la cabeza al verle aparecer, sorprendidos por lo madrugador que era el huésped de su patrón.

—Puede pasar al jardín a desayunar, señor —le dijo uno de los criados—. El señor tardará aún un buen rato en levantarse, lo mismo que la señorita Bellamy.

—Es igual, daré una vuelta por los jardines y esperaré. Sé que la gente no es tan madrugadora en la ciudad como en la selva.

Salió a los amplios jardines, empezando a dar vueltas por los mismos, con aire distraído. Contempló el estanque donde tuviera lugar la terrible incidencia de la noche anterior, ahora vaciado de agua. Aún se verían manchas de sangre en sus paredes y entorno.

Desde el mirador contempló la ciudad, extendida a sus pies, hasta la bahía de Victoria Harbour. La industriosa y abigarrada urbe comenzaba a palpitar con su ritmo cotidiano desde tempranas horas. Altísimos edificios modernos contrastaban con los dédalos tortuosos de las callejuelas de los barrios más pintorescos y populosos. En las aguas se mecían infinidad de juncos chinos, *sampanes* y toda clase de embarcaciones, de placer o de pesca, en abigarrado conjunto.

Más allá, el mar abierto iniciaba su ruta azul hacia el Mar de China Meridional y las Filipinas. Era el camino que iba a seguir, en pos de un legendario tesoro que tal vez ni siquiera existía. Pero cuya búsqueda estaba erizada de indudables peligros.

Sir Edward apareció por los jardines media hora más tarde, con aire soñoliento todavía. Saludó a «Cocodrilo», invitándole a seguirle hasta una mesa situada bajo un parterre, con vistas a la bahía.

—Mi hija bajará enseguida, es la menos madrugadora de todos —sonrió de buen humor, pidiendo a su sirvienta el desayuno—. Veo

que usted sí se despierta temprano…

—Costumbres de mi vida anterior. Cuando abro los ojos, ya no puedo estar en la cama si se ve luz del día. ¿Ha descansado bien?

—¡Pséh! Dentro de lo que cabe… He tenido horribles pesadillas, de verdad.

—Yo también —rió «Cocodrilo»—. Resulta lógico, ¿no cree?

—Sí, supongo que sí.

—¿Los preparativos del viaje van a llevar mucho tiempo?

—No, no mucho. Lo tengo casi todo ultimado. Sólo unos pocos detalles más, y estaremos a punto. El yate que ha de conducimos a Filipinas está listo. Es una buena embarcación, dotada de radio, radar, todas las comodidades… y, por supuesto, un arma defensiva, una ametralladora que se puede montar rápidamente en cubierta.

—¿Y la tripulación?

—Seleccionada por gente de confianza. Serán pocos: solamente tres, aparte de nosotros. Un cámara de televisión, por eso de guardar las apariencias, aunque lo cierto es que haremos un reportaje auténtico de todo cuanto veamos; un piloto experto en estos mares. Y un buen buceador, especialista en búsqueda submarina. El barco se llama «Austral». Tiene capacidad para ocho personas, de modo que iremos cómodos.

—¿Dónde se sospecha que está el fabuloso tesoro? ¿En tierra firme o bajo el agua?

—Sobre eso existen las versiones más dispares, amigo mío. Desde quien supone que el general Yamashita hizo sepultar en el mar una embarcación portando todo el tesoro, hasta quien insinúa que dispersó el botín en diversos pozos, enterrados en islas del archipiélago filipino, pasando por quien sugiere que todo puede estar en una cueva submarina, posteriormente dinamitada para cegar sus accesos.

—Entiendo. En resumen, nadie sabe nada de nada.

—Por supuesto. Tampoco Ken Kubert, que lleva más de dos años rastreando agua y tierra constantemente. La *Rising Sun Research Company* que él dirige no repara en gastos para dragar los litorales del archipiélago o para peinar a fondo cada islote, por pequeño e insignificante que éste sea.

Siguieron desayunando en silencio. Bellamy consultó su reloj. Meneó la cabeza.

—Velda se demora demasiado. Se le han pegado las sábanas, sin duda. Y tiene mucho que hacer hoy. Será mejor que la llamen para desayunar —palmeó, llamando a uno de sus sirvientes, al que encargó que fuese a avisar a su hija para que se levantase.

Ambos hombres siguieron su charla durante unos pocos minutos. Se interrumpió cuando el sirviente, demudado, apareció ante ellos, haciendo gestos de alarma.

—¿Qué ocurre, Wang? —quiso saber el propietario de la casa, sorprendido.

—La señorita… La señorita… —comenzó el criado.

—¿Qué le pasa a la señorita? —Se inquietó su padre, poniéndose bruscamente en pie.

«Cocodrilo» se había vuelto, clavando sus claros ojos azul verdoso en el sirviente pero, sobre todo, en el pequeño rectángulo de papel que sostenía una de sus temblorosas manos.

—No… no está… —jadeó el criado—. No está en su dormitorio…

—¡Estupendo, estará en la ducha o andando por ahí! —protestó *sir* Edward airado.

—No, señor… Me temo que no… La… la habitación está en desorden, los muebles volcados, la persiana forzada… Y dejaron esto en la mesilla de noche…

Alargó el papel que intrigaba a «Cocodrilo». *Sir* Edward se lo arrebató con cajas destempladas, contemplando lo que aparecía escrito en el exterior. Era un sobre. Y dirigido escuetamente a su destinatario:

Sir Edward Bellamy.

Cambió una mirada de angustia con *Dandy*. Éste se puso en pie, ceñudo, acercándose a su anfitrión. Leyó por encima del hombro la misiva, que temblaba entre los dedos del dueño de la casa:

«*Sir* Edward:

»Nos llevamos a su querida hija. De usted depende que siga con vida o no. Le espero en Filipinas para

devolvérsela. Pero si intenta competir conmigo, ocurrirá lo peor. No querrá quedarse sin tan preciado rehén.

»Diga a ese nuevo amigo suyo que tan bien se las arregla con los cocodrilos que se aparte de este asunto. Si lo trae con usted a Filipinas, la chica morirá sin remedio. Decida usted mismo.

»Espero su llegada. Contactaré con usted. No exijo rescate alguno por su hija. Sólo que se mantenga al margen de esta búsqueda.

»K.».

—¡Ken Kubert! —rugió lívido *sir* Edward, estrujando el papel con rabia—. ¡Se ha llevado a mi hija! ¡La matará en cuanto quiera!

—Ahí dice que no lo hará si usted pacta con él. Y si yo salgo de este juego.

Bellamy clavó sus ojos atormentados en *Dandy*. Vio una cara fría como una curtida máscara, donde centelleaban con helada cólera unas pupilas vidriosas, duras como el metal. Los músculos y tendones de «Cocodrilo», bajo su tensa piel, estaban tirantes.

—Eso será como rendirse ante ese maldito rufián —jadeó.

—No tiene otra alternativa. A mí me desagrada tanto como a usted ceder a presiones o chantajes, pero no queda otro remedio. Viaje solo a Filipinas. Y acepte las condiciones de Kubert. Lo importante es rescatar a su hija sana y salva.

—¿Y usted, *Dandy*?

«Cocodrilo» se encogió de hombros. Su voz no tuvo inflexión emocional alguna:

—Yo debo renunciar, está claro. Esa gente estará vigilándonos de cerca. Si me ven marchar, se sentirán tranquilos por ese lado. Lo demás depende de usted.

—Renunciaría a todos los tesoros del mundo por mi hija, *Dandy*.

—Claro. Ella es su mejor tesoro, *sir* Edward. No la pierda —le tendió la mano—. Adiós. Ha sido un placer conocerle.

—Espere. Le extenderé un cheque. Y le encargaré el billete de avión. ¿De vuelta a Londres?

—Por ejemplo. Cualquier sitio valdrá —se encogió de hombros —. Suerte. Y dele mis saludos a Velda cuando la recupere.

Aquella misma noche, «Cocodrilo» *Dandy*, con su aspecto inconfundible, pasaba por el control de viajeros del aeropuerto de Kai Tak, en Kowloon, para tomar el vuelo con destino a Londres.

De soslayo, el cazador iba observando a todos los individuos que andaban deambulando por la zona. Estuvo seguro que dos de ellos, que fingían leer la prensa y adquirir chocolatinas en un puesto, eran los emisarios de Kubert, encargados de comprobar su partida.

Penetró en la pista de despegue, encaminándose al avión que esperaba en la misma, a punto de partir. Subió a bordo. Dejó su maletín en el portaequipajes de su asiento. Luego, se encaminó al lavabo con una bolsa de plástico en su mano, donde parecía llevar algunas viandas para el camino. Se cerró por dentro.

A los diez minutos salió del lavabo un individuo de frondosa barba rojiza, gafas de sol de oscuros cristales, larga melena roja, vestido con un amplio blusón negro y pantalones abombados sobre unas botas altas. Cruzó el pasillo del aparato, encaminándose a la portezuela del avión. La azafata le avisó, sorprendida:

—No puede bajar, señor. Despegamos dentro de diez minutos…

—Lo he pensado mejor, señorita —dijo con ronca voz el barbudo —. Olvidé algo en tierra. Si llego a tiempo, viajaré en este avión. Si no, háganlo sin mí.

Y descendió rápidamente a tierra, ante las protestas de la azafata, apresurándose hacia la otra salida de las pistas de aterrizaje, distinta a la usada para entrar.

Vio partir el avión desde la atalaya de una planta superior del edificio del aeropuerto, tras una amplísima vidriera. Sonrió al mirar abajo. Los dos hombres de los periódicos y las chocolatinas se alejaban tranquilamente tras ver despegar el aparato. Uno de ellos tomó un teléfono público, haciendo una llamada. Los ojos agudos del hombre de la barba roja alcanzaron a ver nítidamente los números que marcaba: 3 − 885 − 212. Los retuvo en su mente.

Cuando se alejaron definitivamente ambos individuos, él se encaminó sin prisas a una cabina. Metió una moneda en la ranura. Y marcó el mismo número 3 − 885 − 212 de Hong Kong. Una voz respondió monocorde al otro extremo del hilo:

—Centro Comercial Filipino —dijo.

—Perdone, señorita —respondió roncamente el barbudo con marcado acento francés—. Creo que me he equivocado.

Colgó. Una mueca sardónica asomó a los labios entre la frondosa barba roja. Luego se encaminó a un taxi, fuera del aeropuerto. Vio alejarse un coche particular, de color verde oscuro, con los dos tipos a bordo. Indicó al taxista:

—Siga a ese coche verde. Cien dólares si no lo pierde de vista hasta que llegue a su destino y sin que ellos se den cuenta de que los sigue, amigo.

—Eso delo por hecho —rió el joven chino que conducía el vehículo de alquiler.

Y así fue. Tras un infernal recorrido por las más concurridas, iluminadas y bulliciosas calles de la ciudad, el coche verde fue a detenerse justamente en una callejuela del distrito urbano de Aberdeen, donde pululaban cientos de vendedores ambulantes, en su mayoría *coolies*, con su incomprensible jerga.

El edificio elegido para detenerse, fue el de un restaurante chino, donde se anunciaban visiblemente las delicias culinarias de Hong Kong, como los cangrejos de río, la «sopa del tigre y del dragón» o los «dim sum».

—No me diga que va a darme cien dólares sólo por seguirles a un sitio a cenar —dijo con buen humor el taxista, alargando la mano.

—Puede que vayan a cenar, puede que no —señaló el barbudo pelirrojo, depositando en la mano del conductor el prometido billete de cien—. Usted, de todos modos, ha cumplido lo que le pedí, de modo que se ganó su dinero.

Dejó el taxi, entrando en el restaurante poco después de hacerlo los dos hombres. Como presentía, no fueron a ocupar ninguna mesa. Les vio entrar por una puerta situada al fondo, al lado de otra donde se anunciaban los lavabos de damas y caballeros. Un camarero se acercó obsequioso a él, ofreciéndole una mesa. El barbudo la aceptó de buen grado. Pidió sopa de pollo y anguila frita con salsa de soja, sin quitar sus ojos de aquella puerta cerrada.

Terminó rápidamente su frugal cena, yendo a los servicios sin prisas. Como si se equivocara, empujó la puerta vecina. No cedió, estaba cerrada. Un camarero, rápidamente, acudió a decirle en inglés que la puerta de los servicios era la otra. Dándole las gracias,

el barbudo se metió en ella.

Se encerró en el *water*, mirando por una angosta ventana del mismo a un patio trasero del restaurante.

Sorprendido, vio al lado otra ventana, ésta enrejada, con luz dentro. Un murmullo de voces llegó hasta él.

Rápidamente se puso en pie sobre la taza del retrete, forzando la ventana. No cedía, de modo que envolvió su puño en un faldón de su blusa ancha, golpeando secamente el vidrio, que se quebró, cayendo al patio. Quedó un hueco amplio, pero no suficiente. Esperó. Los murmullos de voces eran más claros ahora. Acabó de desprender los demás vidrios del rectángulo de la estrecha ventana. Su cuerpo enjuto cabía ahora perfectamente por el hueco abierto. Pasó por él como un reptil, yendo a parar al patio. Se encaramó a la ventana enrejada. Presionó levemente la vidriera. Ésta sí cedió, aunque evitó forzarla demasiado para no ser advertido. Ahora le era posible ver el interior.

Y escuchar las voces que hablaban.

—… ahora que ese tipo no está en Hong Kong, *sir* Edward no puede hacer nada —decía una de las voces a lo lejos.

—Alex ya lo sabe. Supongo que esta misma noche vendrán a por la chica para llevarla a Manila. No me gusta servir de centinela de mujeres.

—Claro. Alex sabe bien lo que tiene que hacer, Rufus.

Y lo hará. Mientras, tenemos que evitar que nadie de con esta preciosidad. No es fácil que la policía sospeche de un respetable restaurante, después de todo…

El ángulo visual del espía ganó al mover un poco la cabeza. Pudo ver a Velda Bellamy, tendida en un camastro, atada de pies y manos, amordazada fuertemente. Sus ojos dilatados miraban con inquietud a sus dos guardianes.

—Espero que esto impida nuevos problemas con *sir* Edward. No querrá quedarse ahora sin su hija sólo por cabezonería de seguir buscando tanto tiempo el tesoro…

—No te preocupes por esas cosas, el patrón sabe manejar sus asuntos de maravilla.

Se retiró el barbudo de su punto de vigilancia. Ahora sabía lo suficiente. Y el resto era cosa suya.

CAPÍTULO V

LOS MÉTODOS DE «COCODRILO»

Regresó al restaurante con toda naturalidad. Iban quedando pocas mesas ocupadas ya. Pidió la cuenta, abandonando el establecimiento sin prisas. Una vez en la calle, fue a una cabina telefónica. Buscó en el tablón de números de urgencia en Hong Kong. Marcó el de la policía.

—Tengo información para ustedes —dijo al conectarse la línea —. Sé dónde se ocultan los raptores de Velda Bellamy, la hija del multimillonario *sir* Edward, así como la muchacha raptada. No tarden en acudir, pero tomen precauciones. Podrían asesinar a la chica si se alarman.

Les dio la dirección, colgando cuando le pidieron detalles sobre su persona. Luego, tranquilamente, regresó al restaurante. El camarero le miró con sorpresa. Ocupó de nuevo una mesa. Y pidió té y un pastel.

—Acostumbro a comer tres o cuatro veces cada noche —explicó al extrañado camarero—. Costumbre de familia, ¿sabe?

El chino se alejó, perplejo, para servirle lo pedido. El, rápidamente, se levantó dirigiéndose a la puerta vecina a los lavabos. En la distancia ululó una sirena policial, aproximándose a la zona. Era el momento.

Cargó violentamente contra la puerta, derribándola de un empellón de su hombro seguido por un formidable patadón a la madera. Penetró en el interior, enarbolando su terrorífico cuchillo.

Un hombre asomó al fondo del corredor, por una puerta, gritando algo en chino. Luego alargó su mano, armada con una

pistola con silenciador.

El barbudo disparó su cuchillo certeramente. El hombre emitió un alarido de dolor y de rabia cuando la tremenda hoja le atravesó el brazo, clavándoselo a la pared. Abrió los dedos, soltando el arma sin llegar a ser disparada. Forcejeó, pero su brazo, ensangrentado, seguía hincado contra la madera, a través de la ancha hoja del cuchillo.

El segundo individuo apareció, esgrimiendo un chato revólver con el que hizo dos disparos. Las balas zumbaron lejos del intruso, porque éste se había precipitado ya sobre el tirador, en una zambullida asombrosa, mientras el hombre del brazo atravesado gritaba roncamente:

—¡Mata a la chica! ¡Viene la policía! ¡Mátala!

El individuo no pudo hacer nada de eso. Porque su contrincante acababa de caer sobre él violentamente, derribándole en tierra. El revólver escapó de sus manos. El barbudo se lo alejó de un puntapié, mientras le aferraba con ambas manos, golpeándole repetidas veces contra el suelo, hasta dejarlo *groggy*. Luego corrió a por el revólver, empuñándolo decidido. Lo amartilló, disparando. La bala se clavó a una pulgada del rostro del tipo que intentaba desclavarse del muro, dejándole helado. Se paró, mirando con terror al tirador.

—Como veis, también sé manejar estos chismes, aunque no me gustan —avisó—. Estate quieto ahí, imbécil, o te dejo seco.

Fue hasta él arrancándole de cuajo, sin miramientos, el cuchillo del brazo. El hombre exhaló un alarido de dolor, la sangre hirvió, brotando a borbotones del profundo tajo en su bíceps, para caer de rodillas, lívido de angustia.

Fuera, en el restaurante, había un buen barullo con la entrada de la policía a vivía fuerza. El barbudo fue hasta la asustada Velda Bellamy, cortándole sus ligaduras de dos tajos con el cuchillo aún ensangrentado. Luego le quitó la mordaza.

—Ya está libre, Velda —dijo—. Salgamos de aquí.

—¡«Cocodrilo» *Dandy*! —clamó ella, mirándole entusiasmada.

—Vaya por Dios… —suspiró él—. Y yo que creía haber engañado a todos con mi disfraz…

Salieron a reunirse con los agentes que invadían el restaurante. Quisieron detener a *Dandy* como si fuese un secuestrador. Velda

tuvo que interceder por él, para que lo dejaran libre. Y juntos, fueron conducidos a la mansión de *sir* Edward.

Cuando éste vio a su hija, estalló en sollozos, abrazándose a ella. *Dandy* se quitó tranquilamente sus postizos, sonriendo ante la escena emotiva que tenía lugar ante sus ojos.

—¿Cómo pudo hacerlo, *Dandy*? —preguntó luego *sir* Edward, aún incrédulo.

—Tengo mis métodos —rió él, de buen humor—. No fue tan difícil. Ahora la policía ha ido a desalojar una empresa comercial en esta ciudad, el Centro Comercial Filipino. Creo que es la sede de Ken Kubert en Hong Kong. Va a ser un rudo golpe para él y su maña particular, sin duda alguna.

Lo fue. Aquella misma noche, *sir* Edward fue informado de que un tal Alex Bokachian, un apátrida buscado por la justicia por diversos delitos, había sido detenido, junto con media docena más de sospechosos, en la redada llevado a cabo por la policía en el Centro Comercial Filipino, que resultó ser simplemente la tapadera de un feo negocio de drogas y de prostitución, movido por unos dirigentes en la sombra de quienes nada se sabía.

—Uno de los sucios asuntos de Ken Kubert —señaló *sir* Edward —. Se va a poner muy furioso cuando lo sepa. Y eso le hará doblemente peligroso, *Dandy*.

—Es posible. Pero también le hará comprender que no se nos intimida fácilmente. Ahora no tiene rehenes que utilizar para mediatizarle, *sir* Edward.

—Eso es cierto —afirmó el millonario enfáticamente—. ¿Sigue dispuesto a emprender conmigo ese viaje en pos del tesoro de los japoneses?

—¿Por qué cree que volví de ese vuelo convertido en un barbudo fantoche? —rió «Cocodrilo», de buen humor—. Estoy ansiando verme ya en alta mar…

Al otro día, se cumplían sus deseos.

El yate «Austral», con su reducida tripulación, se echaba a la mar, rumbo a las Filipinas. Hong Kong quedó atrás. Iban en busca de un mítico tesoro. Pero también en busca de una peligrosa aventura contra un hombre despiadado que estaría soñando con su venganza.

* * *

Era una espléndida, hermosa travesía.

Días y días de viaje por mar, entre bellísimas islas llenas de vegetación, con idílicos parajes donde las altas palmeras se alineaban en torno a doradas playas, a calas de aguas cristalinas, donde eran visibles los dorados peces en la profundidad, serpenteando entre musgos y condes.

El «Austral» avanzaba majestuoso, rápido, abriendo las aguas con su blanca proa, entre festones de espuma. A bordo, los Bellamy, «Cocodrilo» y los tres tripulantes, Bill Randall, operador de TV, Mark Howard, piloto naval, y
Shui-Ho,
submarinista malayo, *buen* conocedor de aquellas aguas y de aquellas latitudes.

Dandy se pasaba horas enteras sentado a popa, contemplando los parajes por donde navegaban, o viendo curioso como Bill Randall tomaba con su cámara de video los paisajes marítimos en toda su esplendidez. En ocasiones,
Shui-Ho
se sumergía en las transparentes aguas del mar de la China Meridional. Y Randall le seguía con su cámara incluso bajo las aguas, puesto que era especialmente diseñada tanto para filmar video en superficie como en las profundidades.

Mark Howard era un experto profesional, un buen marino que conducía con firme pulso el esbelto yate de Bellamy. Todo, pues, funcionaba como una seda. Al menos, durante los dos primeros días de navegación, hasta que avistaron las Filipinas.

Cuando el archipiélago filipino apareció en el horizonte, Bellamy dio sus instrucciones al piloto Howard:

—Eluda las grandes islas como Luzón, Samar o Mindanao. Allí deben estar esperándonos nuestros adversarios, sin duda alguna. Sigamos navegando hacia el Sur, bordeando el archipiélago por su lado Oeste. La zona más probable para ocultar algo es, sin duda, el sur de las Filipinas, donde se acumulan cientos de pequeñas islas, muchas de ellas solitarias.

Howard asintió, manteniendo el rumbo a prudente distancia del litoral filipino. Y todo siguió igual, en absoluta paz. «Cocodrilo» no parecía tranquilo, sin embargo. A veces paseaba algo nervioso por

cubierta, o se mojaba los brazos hundiéndolos en las aguas desde la borda.

Velda se aproximó a él, curiosa. Se puso de rodillas a su lado, Vestía una blusa y unos breves *shorts* que dejaban lucir sus bien torneadas piernas bronceadas.

—¿Le pasa algo, *Dandy*? No lo veo nada calmado —indagó.

—No lo estoy. Hay demasiada paz.

—¿No le gusta que el viaje sea pacífico?

—Claro que sí. Pero intuyo algo, Esa gente sebe que hemos venido. Tal vez incluso puedan prevenir nuestros movimientos, como un jugador de ajedrez. No me gusta que todo esté tranquilo. No es normal.

—¿No se excede en sus recelos?

—Ojalá sea así. Tengo un instinto especial para presentir el peligro, para olfatear la proximidad de sigo preocupante. Eso es lo que me ocurre ahora.

Velda escudriñó la distancia, el mar azul, terso, sin nadie a la vista, sólo con la lejana costa filipina recortándose en el horizonte, como una línea verde.

—Pues yo no veo nada —confesó—. Sólo una embarcación allá, detenida en alta mar, Sin duda están pescando… Quizá le engañe su instinto esta vez.

—Quizá. —*Dandy* se encogió de hombros—. Será mejor así.

Velda frunció el ceño, mirándole. Se puso en pie, procurando rozar a «Cocodrilo» la cara con sus desnudos muslos. Pero el cazador ni pareció advertirlo, la mirada perdida en la distancia. Irritada, Velda se alejó hacia la proa.

Siguieron navegando. El motor rugía, la propia cortaba las aguas. Todo seguía igual. La pequeña embarcación distante se iba aproximando a medida que ellos avanzaban. Ciertamente, a bordo de ella dos hombres parecían absortos en la pesca con caña, ajenos a todo.

Los dejaron atrás. Siguieron bordeando a buena distancia las islas de las Filipinas. Y, de repente, un potente motor sonó tras ellos.

«Cocodrilo» volvió la cabeza vivamente. Descubrió la pequeña embarcación de los supuestos pescadores. Volaba sobre las aguas en pos de ellos. Poseía un motor potentísimo. Y a bordo, nadie parecía

ya interesado en pescar. A menos que la repentina presencia de un pequeño cañón en cubierta significara otra clase de pesca.

—¡Al suelo todos! —rugió *Dandy*—. ¡Howard, vire cuanto pueda! ¡Nos disparan!

Había visto a uno de los tripulantes de la embarcación manipulando en el cañón. Era un arma ligera, pero contundente, Vomitó fuego y humo. Hubo un sordo zumbido, luego les llegó el ruido de la detonación.

Howard viró en ese preciso instante hacia babor, violentamente. Un proyectil se estrelló en las aguas, a estribor. Levantó un surtidor de agua y agitó con fuerza al «Austral». *Sir* Edward estuvo a punto de caer de cubierta. Howard lanzó una imprecación, manteniendo el dominio del timón con férrea mano.

Se tumbaron todos al suelo, excepto Howard y «Cocodrilo». Éste corrió junto al piloto, agazapado sobre cubierta. El ligero cañón de la canoa volvió a detonar. El piloto maniobró de nuevo con violencia. Un nuevo proyectil zumbó sobre ellos, estrellándose justo a unas pocas yardas de la borda. El agua barrió la cubierta del «Austral».

—¡Maldita sea, nos han descubierto! —clamó *sir* Edward, aferrado a la borda.

—Nos habían descubierto ya antes. Esa embarcación nos esperaba allí —señaló «Cocodrilo»—. Es más rápida que nosotros. Y va bien armada. Nos hundirá.

—Estas aguas están infestadas de tiburones, señor —dijo apuradamente
Shui-Ho,
el submarinista—. Sería una muerte cierta…

—Lo supongo. —*Dandy* torció el gesto—. ¿Dónde tiene su ametralladora, *sir* Edward?

—Abajo, en la cabina de material… No nos dará tiempo a montarla, *Dandy*.

—Pues no la montaremos —«Cocodrilo» abrió la escotilla, precipitándose a la cabina donde se guardaban los materiales. Arrancó un toldo de lona embreada, descubriendo una ametralladora con su pie para montar en cubierta. La tomó en sus manos, introduciendo una cinta entera de proyectiles. Luego llamó arriba:

—¡Que uno de ustedes me eche una mano, esto pesa mucho para izarlo yo solo!

Randall, el cámara de TV, le ayudó a subir la ametralladora. Un nuevo proyectil estalló ahora a menos de una yarda de ellos. La canoa estuvo a punto de volcar. Las aguas agitadas la voltearon amenazadoramente. Velda gritó al resbalar por la inclinada cubierta. Nadie pudo impedir que cayera al agua.

—¡Socorro! —gritó la joven—. ¡Ayúdenme, por el amor de Dios!

«Cocodrilo» lanzó una imprecación. Dejó la ametralladora en manos de Randall y de

Shui-Ho.

Clavó sus ojos en Velda. Y luego en algo ominoso que surgía de las aguas, cortándolas como un cuchillo, no lejos de la joven recién caída al mar.

¡Una aleta de tiburón!

Dandy no dudó lo más mínimo, pese a la presencia de la canoa enemiga con su cañón, y pese a que su fuerte no eran aquellas aguas ni un animal tan temible como un escualo. Se lanzó en una zambullida vertiginosa por encima de la borda.

—¡Dios mío, ese hombre está loco! —gritó Randall—. ¡Van a morir los dos, devorados por los tiburones!

Parecía ser muy posible. Porque otras dos cuchillas hendían la superficie, rumbo a Velda y a «Cocodrilo». Dos nuevos tiburones acudían al festín anunciado. Y, mientras, seguía el implacable bombardeo sobre el «Austral», por parte de la canoa adversaria.

CAPÍTULO VI

DE MAL EN PEOR

Velda braceaba desesperada, la mirada dilatada, llena de horror, fija en aquellas aletas mortales que surcaban las aguas hacia ella. Luego, vio braceando a su lado a «Cocodrilo» *Dandy*. Y aunque esperanzada, su pavor no cedió lo más mínimo.

—¡Es inútil, *Dandy*! —gritó—. ¡Nos despedazarán a los dos!

—Ya veremos —fue la respuesta de «Cocodrilo», situándose rápido entre ella y los escualos, cuchillo en ristre.

Rápido, se sumergió tras tomar aire. Buceó bajo la superficie, entre las aguas de un verde luminoso, transparente. Descubrió la forma entre blanquecina y azul del cuerpo lustro del escualo más cercano. Como si fuese un caimán en medio del Amazonas, *Dandy* se precipitó sobre él, buceando bajo su vientre. El escualo, atraído por Velda, no le hizo caso. «Cocodrilo» le hincó en el vientre su formidable cuchillo por dos veces.

El animal se agitó, dando terribles coletazos. Surgió un raudal de oscura sangre, que oscureció las aguas. *Dandy* aprovechó para asestarle una tercera puñalada bajo el morro, rasgando cuanto pudo su dura piel. Más sangre escapó a borbotones. Los otros tiburones se pararon, al olfatear la sangre de su compañero, dirigiéndose hacia él.

Rápido, *Dandy* buceó hacia Velda, emergiendo junto a ella cuando un nuevo proyectil disparado desde la canoa estallaba al lado mismo del «Austral», estando a punto de echarlo a pique. Gracias a las hábiles maniobras de Mark Howard, aún se mantenía a flote el yate de Bellamy.

Tomó a Velda por un brazo, nadando con ella furiosamente, hasta alcanzar el yate. Los demás tiburones atacaban sin piedad a su compañero herido. Ayudados por
Shui-Ho
y por el angustiado *sir* Edward, logró izar a bordo a Velda. Luego, subió él de un salto, ambos chorreando agua, pero sanos y salvos.

—Lo logramos —gruñó, corriendo a por la ametralladora—. Ahora, veamos a ver si esos malditos cabezotas encuentran la horma de su zapato…

Cargó con la ametralladora, sujetándola contra su propio cuerpo y el acceso a las cabinas interiores de la embarcación. Apuntó hacia el barco enemigo, que se aproximaba de nuevo a toda velocidad.

—¡No altere el rumbo esta vez, Howard! —gritó—. ¡Los quiero así, delante de mí!

Y cuando los tuvo más cerca, apretó el gatillo rabiosamente.

La ametralladora comenzó a rugir tumultuosamente. Un tableteo sordo, violento, trepidó a bordo. Estaba apuntando al motor y a los depósitos de combustible del barco rival. Centró allí el fuego nutrido de la ametralladora.

Cuando los enemigos iban a disparar de nuevo el cañón a bocajarro sobre ellos, logró «Cocodrilo» su objetivo. Las balas dieron de lleno en el combustible. Una llamarada violenta brotó de la línea de flotación de la lancha motora. Luego, toda ella se vio envuelta en fuego y humo. Estalló en mil pedazos, convenida en una bola de fuego.

Los fragmentos de metal incandescente llovieron sobre el mar entre un hervor de gasolina incendiada. De sus ocupantes no quedó nada. «Cocodrilo» lanzó un grito salvaje de triunfo, enarbolando su puño.

—Cielos, ese hombre es un coloso —jadeó Howard, admirado—. Igual puede a los tiburones que a los hombres…

Velda asintió, emocionada, corriendo hacia *Dandy*, a quien abrazó, cubriéndole de besos.

—Es maravilloso, *Dandy* —le dijo con voz temblorosa—. Le debo tantas cosas…

—Bah, hubo suerte, eso es todo —dijo él quitando importancia a las cosas—. De no ser así, esos bárbaros nos hubieran partido en dos, para masacrarnos después impunemente… Había que jugárselo

todo a una carta. Y resultó.

—De todos modos, hemos sufrido daños importantes en las últimas andanadas —señaló Howard, ceñudo—. Tendremos que hacer algo. Perdemos combustible. Y el motor funciona mal. No iremos así demasiado lejos…

—Está bien, procure tomar tierra en alguna zona deshabitada de esos islotes —señaló *sir* Edward, preocupado—. Procederemos a arreglar las averías durante la noche, para intentar reanudar la marcha en cuanto amanezca.

El piloto asintió, enfilando el rumbo del «Austral» hacia un cercano grupo de pequeñas islas repletas de vegetación. El motor ronroneaba de forma irregular, y la marcha del yate era insegura.

—Estamos a la altura de la isla de Palawan. Un poco hacia al sur, en el mar de Sulu, hay numerosos archipiélagos, con muchos islotes deshabitados. Nos dirigiremos hacia allá. Es más seguro que intentarlo en otro sitio más céntrico.

Poco más de una hora después, arribaron a una agrupación de islotes separados entre sí por escasa distancia. Eligieron uno que parecía estar totalmente desierto. El yate se introdujo en una recogida cala, donde anclaron. Luego, bajaron todos a tierra, mientras Mark Howard se quedaba reparando la avería, ayudado por el submarinista malayo.

Los Bellamy y «Cocodrilo» se tumbaron en la arena, tras examinar en torno suyo el paraje sin ver nada sospechoso. Randall aprovechó para filmar el idílico paraje.

Pronto cayó la tarde sobre la cala silenciosa y desierta. Prepararon unos alimentos enlatados para hacer una cena frugal, sin encender fuego alguno. Lo benigno del clima ayudaba a ello, aunque la noche siempre solía ser fresca en aquellas latitudes, en contraste con el calor tropical del día.

Cenaron con rapidez, dispuestos a aprovechar la noche para dormir. Randall llevó la cena a los del yate. Al volver, informó escuetamente:

—Howard espera tener todo listo para la madrugada. Dice que descansemos tranquilos, que todo marcha bien.

Eso serenó los ánimos. Se dispusieron a tumbarse en la arena para dormir.

Inesperadamente, unos reflectores cayeron sobre ellos,

bañándoles en luz. *Sir* Edward llevó la mano a su rifle. Restallaron unos disparos y unas balas levantaron nubecillas arenosas a pies de los cuatro.

—¡Quietos ahí! —ordenó una voz tajante en inglés—. ¡En nombre de la Ley, no intenten nada!

—Dios sea loado, menos mal —suspiró *sir* Edward tirando su rifle y alzando los brazos—. Creí que eran piratas o bandidos. Somos gente respetable, señores. Hemos sufrido una avería y estamos reparándola… ¿Son ustedes policías filipinos?

—Algo parecido —respondió la voz. Se acercaron figuras humanas a ellos, tras la luz de los potentes reflectores—. Una patrulla de vigilancia militar. Yo soy Nelson Mindoro, alto funcionario militar filipino. Identifíquense, por favor.

Salieron a la zona iluminada. Eran una docena de hombres de uniforme, con un hombre de paisano al frente, que era el que había hablado. Ellos lucían fusiles. El hombre de paisano, una pistola automática. Tenían todos rasgos tagalos.

—*Sir* Edward Bellamy, de Hong Kong. Ella es mi hija Velda.

—William Randall, operador de televisión. Hacemos un viaje documental por estos mares, para filmar una serie en TV, señor Mindoro.

—Ya. ¿Y usted? —Los ojos almendrados de Mindoro se clavaron en el cazador.

—Mi nombre es *Dandy* Kelly. Pero suelen llamarme «Cocodrilo» *Dandy*.

—Comprendo. ¿Alguien más está con ustedes?

—Sí —respondió *sir* Edward—. Mark Howard, mi piloto. Y un submarinista malayo, de nombre
Shui-Ho.
Están reparando ahora el yate.

—Bien. Que vengan también aquí. Quiero ver juntos a todos, caballeros.

Poco después, Howard y el malayo se reunían con el grupo, bajo la amenaza de las armas militares. Mindoro les estudió atentamente.

—Lamento decirles que, por el momento, van a ser arrestados, a la espera de que su historia sea confirmada. Sígannos sin oponer resistencia, será mejor.

—¿Arrestados por qué? —quiso saber «Cocodrilo» mirándole fríamente.

—Por nada. De momento, por simple precaución. Tenemos muchos enemigos en Filipinas actualmente: terroristas, conspiradores, guerrilleros comunistas, rebeldes musulmanes… e incluso agentes extranjeros que buscan la subversión contra el Gobierno legalmente constituido en el país. Hemos de confirmar sus identidades, así como el motivo de su estancia en territorio filipino en tan peculiares circunstancias.

—Me parece justo. Comunique con las autoridades de Hong Kong, señor Mindoro. Le confirmarán cuanto digo —habló sonriente *sir* Edward.

—Así lo haré. Sígannos ahora. Y dejen todas sus armas.

Incluso el cuchillo de «Cocodrilo» fue incautado por la patrulla militar. Fueron adentrados en el islote. Les sorprendió ver una sólida edificación entre la espesura, con toda la apariencia de una prisión a prueba de fugas.

—No se extrañen —sonrió el enigmático Mindoro—. Tenemos puestos así en casi todas las islas del archipiélago, por lo que pueda suceder. La vigilancia y control de nuestras costas es muy estricto.

Les introdujeron en dos celdas vecinas. Velda ocupó una en solitario. Los cinco hombres la otra. Luego, Mindoro cerró con llave y cerrojos las puertas. Les sonrió, ceremoniosamente.

—Esperen aquí al amanecer, señores. Comunicaré ahora con Manila. Pueden dormir tranquilos, todo se arreglará en breve si dijeron la verdad.

Se alejó. Los presos se miraron, incómodos. *Sir* Edward resopló:

—No me gustan los métodos de ese tipo. Pero no podemos hacer otra cosa, amigos.

—A mí me gustan menos aún —señaló «Cocodrilo», ceñudo—. No lo veo claro.

—¿Ya empieza usted con sus recelos y presentimientos? —Gruñó Howard.

—Eso es lo malo. Que siempre que los tengo suelen salir atinados. Algo en todo esto no es lo que parece. Ojalá me equivoque…

Sir Edward le miró, inquieto, enjugándose el sudor.

—Lo malo es que usted, *Dandy*, rara vez se equivoca —se

lamentó el millonario.

Desgraciadamente para ellos, esta vez también fue así. Clareaba cuando regresó Nelson Mindoro con cuatro soldados. Les miró por la abertura enrejada de la metálica puerta de la celda. Todos alzaron la cabeza, expectantes, combatiendo su somnolencia.

—¿Y bien…? —indagó *sir* Edward impaciente, incorporándose.

—Lo siento, caballeros. Su historia no pudo ser comprobada debidamente. Todos los indicios apuntan a que ustedes forman parte de un comando subversivo extranjero, desembarcado clandestinamente en Filipinas para conspirar contra el Estado.

—¡Usted está loco! —jadeó *sir* Edward—. ¡Eso no tiene sentido!

—Lo lamento. No puedo hacer otra cosa. Son ustedes espías en territorio extranjero. La situación en Filipinas es muy delicada actualmente. De modo que… con todo mi pesar, sólo puedo hacer una cosa llegados a este punto: ordenar su inmediato fusilamiento sin juicio previo. Y eso es lo que vamos a hacer ahora mismo. Serán pasados por las armas dentro de cinco minutos. Todos ustedes, incluso la chica.

Y la sonrisa de Nelson Mindoro se amplió casi malévola en su rostro oriental.

CAPÍTULO VII

LA GRUTA DEL HORROR

Fueron conducidos a empujones a un frío patio cuadrangular, dentro de la prisión. Un muro aparecía cubierto totalmente de impactos de bala y manchas de sangre. Los seis prisioneros, pálidos, en silencio, fueron llevados hasta ese siniestro muro.

—Creo entender lo que sucede —dijo «Cocodrilo» en voz alta—. Usted miente, Mindoro. No hace esto por su Gobierno. Ni son órdenes de Manila. Usted es uno de los funcionarios corruptos que trabajan para Ken Kubert. Ha comunicado con él. Y su orden ha sido de fusilamiento, para librarse de nosotros. Ésa es la pura verdad.

—Usted es sumamente listo, amigo —rió Mindoro burlón—. Aunque sea cierta esa historia que cuenta, no se la va a repetir a nadie. Dentro de dos minutos estará muerto, como todos sus camaradas.

—Miserable… De modo que es eso… ¡Está vendido a Ken Kubert, debí imaginarlo! —rugió *sir* Edward apretando los puños.

—Vamos, menos charla —cortó Mindoro—. Soldados, formen el piquete.

Se alinearon hasta diez soldados frente a ellos. Mindoro se puso a un lado para dar la orden de disparo.

—¡Apunten! —comenzó.

Velda cambió una mirada serena con «Cocodrilo». Musitó con voz apagada:

—Siento morir, ahora que te había conocido, *Dandy*. Me gustas. Pensaba enamorarte…

—Yo no me enamoro fácilmente, Velda. Pero tú también me gustabas mucho. Lástima… —Meneó la cabeza de un lado a otro—. En esta situación, ni siquiera «Cocodrilo» *Dandy* puede hacer milagros…

—¡Carguen! —Sonó la voz de Nelson Mindoro.

Sonaron los cerrojos de los fusiles. Los seis condenados esperaban serenamente la muerte. Diez bocas de otros tantos cañones de fusiles les enfilaban.

—¡Fuego! —fue la orden definitiva.

Y la mañana se llenó con el estruendo de las armas de fuego, crepitando furiosamente.

* * *

Resultaba difícil escuchar todo aquel fragor, y sentir que el cuerpo seguía indemne, que se seguía pensando, que la vida parecía no haberle abandonado a uno.

«Cocodrilo» *Dandy* se tocó repetidas veces para comprobar que la cosa era así. Luego, fijó su mirada en los soldados, que caían como moscas ante ellos, alfombrando el suelo con sus cuerpos cosidos a balazos.

Nelson Mindoro fue el último en caer, helada su sonrisa de triunfo en su faz aceitunada, virtualmente convertido en una criba sanguinolenta.

Durante unos segundos nadie allí comprendió nada, pero los seis prisioneros situados ante el paredón seguían vivos e ilesos.

Luego, el patio se llenó de gentes desharrapadas, de pañuelos anudados a la cabeza o con cintas de color sujetando sus hirsutos cabellos. Rostros de facciones oblicuas, miradas astutas de oíos almendrados. Y armas. Muchas armas humeantes.

Los hombres saltaban por las tapias, por todas panes. Dentro de la prisión, sonaban los últimos disparos, unidos a gritos de agonía de los soldados abatidos.

—¿Y esto qué significa? —preguntó *sir* Edward en voz alta.

—No lo sé —confesó «Cocodrilo»—. Pero no es peor que lo que iba a ocurrir…

Un hombre glande, moreno, de pelo grasiento, de facciones orientales, rudas, cuadrangulares, ataviado con una tela roja en torno a la cabeza y enarbolando un formidable fusil ametrallador,

se encaró con ellos.

—Están libres —dijo en inglés—. Yo les he salvado de sus verdugos, de esos miserables esbirros del Gobierno.

—Gracias por el favor, amigo —respondió «Cocodrilo»—. ¿Quiénes son ustedes?

—Yo soy Masama Malamig, el guerrillero. Lucho por la libertad de mi país. Y supongo que ustedes, puesto que iban a ser fusilados, es que también están en Filipinas para luchar contra el poder establecido…

—Pues… nosotros, no… —comenzó *sir* Edward.

«Cocodrilo» le interrumpió rápidamente, apoyando una mano en el hombro de aquel musculoso guerrillero tagalo.

—Por supuesto, nuestros intereses son comunes, camarada —se apresuró a decir con toda soltura—. Y os estamos muy agradecidos por habernos salvado la vida…

—Entonces, salgamos todos de aquí cuanto antes. Incendiaremos este maldito lugar para que esos bastardos sepan que Masama Malamig pasó por aquí…

En efecto, cuando se retiraban de la zona, la cárcel militar, con todos los cadáveres de su guarnición dentro, ardía en la mañana, elevando al cielo una densa columna de humo.

No se les permitió volver a navegar en su yate, sino que fueron invitados a salir de aquel islote con los guerrilleros, cuyo número no bajaría de cincuenta, para dirigirse a otra isla donde el tal Masama Malamig debía tener su cuartel general. El viaje se hacía a bordo de una serie de embarcaciones rudimentarias, propiedad de los guerrilleros.

—He oído hablar mucho de Masama Malamig —dijo en voz baja el malayo
Shui-Ho
a «Cocodrilo» y a Velda—. Su nombre, en tagalo, significa «Frío y malvado». Es un terrorista violento, feroz, que tiene atemorizadas a todas las Filipinas. Lucha contra el Gobierno de Cory Aquino, asesinando y expoliando por doquier sin piedad alguna. Es un fanático sin ideales, guiado sólo por su barbarie.

—Cielos, hemos caído en buenas manos, entonces —gimió Velda.

—Peor de lo que nos esperaba, no es. Pero tampoco mucho

mejor —admitió filosóficamente *Dandy*—. Tenemos que intentar escapar de esta gente en cuanto podamos. Pero de momento, es preciso interpretar nuestro papel lo mejor posible. Si sospechan que somos sólo unos expedicionarios en busca de un tesoro, nuestro pellejo no valdrá un centavo.

—Dios mío, *Dandy*, no salimos de una y ya estamos metidos en otra… —se quejó Velda amargamente.

—Así es —la miró fijamente—. Velda, ¿es cierto lo que dijiste ante el paredón de fusilamiento?

—Sí, lo es —afirmó ella, mirándole intensamente—. ¿Y tú?

—Cuando se va a morir, uno siempre dice la verdad. Además, no sé mentir…

—Oh, *Dandy*… Me haces tan feliz… —susurró ella estremeciéndose.

—Ten calma. Ya tendremos ocasión de algunas efusiones, pero no ahora. Ese tagalo no nos quita ojo a ninguno. Es muy desconfiado. Esperemos que no pase de ahí…

Tras varias horas de navegar entre un dédalo de islotes, llegaron a una isla más grande, alargada, de rocosas playas, en una de cuyas calas se introdujeron las embarcaciones de los guerrilleros. Al desembarcar, iniciaron una larga caminata por la espesura, hasta llegar a una gran zona rocosa, rodeada de vegetación por doquier. Varias grutas señalaban allí el emplazamiento del cuartel general de los terroristas.

—Acomodaos a vuestro gusto —dijo el tagalo—. Comed y dormid. Aquí no peligra vuestra vida, amigos. Cuando estéis descansados, hablaremos de vuestros planes al venir a Filipinas para conspirar contra el Gobierno…

Eso no les dejó comer ni dormir tranquilos. Todos estaban inquietos. *Sir* Edward fue el primero en manifestar sus temores:

—¿Y qué diablos le diremos a ese tipo cuando nos interrogue? Sospechará que le engañamos, no podemos inventar una historia plausible… Y nos matará a todos.

—Eso me temo —asintió «Cocodrilo»—. Será preciso intentar la fuga esta misma noche. Cuando ellos duerman, intentaremos burlar la vigilancia y huir en sus embarcaciones. He tomado buena nota del camino recorrido. Sabré andarlo a la inversa, no teman.

—Intentar la fuga es muy arriesgado… —gimió Randall—.

Pueden matarnos.

—También nos matarán en cuanto sepan que no tenemos nada que ver con sus postulados políticos ni con sus métodos. De modo que hay que intentarlo, sea como sea, amigos.

Y así fue. Esa noche, cuando todos dormían en el campamento guerrillero, lo intentaron. Estaban tan seguros de sí mismos en su refugio que no vigilaban demasiado. Pudieron abandonar la zona, adentrándose en la selva, guiados por el finísimo instinto de «Cocodrilo» para moverse en las más espesas junglas.

—Ya llegamos a las embarcaciones —dijo roncamente Howard —. Se ve el mar ahí, tras esa espesura…

Era cierto. Salieron a la rocosa playa donde habían varado sus embarcaciones. Respiraron aliviados, corriendo sigilosamente a por las canoas.

—Buenas noches, señores —dijo la voz inconfundible de Masama Malamig—. ¿De paseo nocturno, sin duda? Me alegra ver que se divierten en mi isla…

Y un repentino, ominoso cerco de armas automáticas les rodeó en la playa.

* * *

Ataron al poste al último de ellos. Seis postes, seis cautivos. El agua lamía sus pies y la base de los postes sepultados en la arena.

—De modo que pretendiendo escapar de vuestro amigo Masama Malamig, ¿eh? —Hablaba burlonamente el temible tagalo—. Sois todos unos malditos traidores y embusteros, os aprovechasteis de mi buena fe. Vosotros no vinisteis a combatir al Gobierno de Manila. Sólo queríais hacer vuestro juego, ¿verdad? Seguro que andáis tras ese tesoro que busca tanta gente extranjera en mi país…

—Sea como sea, Masama, no es motivo para asesinarnos… —protestó *sir* Edward.

—Callaos todos —se enfureció el guerrillero—. ¿Pensabais que la fuga era tan sencilla? Yo sólo os daba cuerda para que os ahorcarais vosotros mismos… Quería estar seguro de que no erais unos farsantes, de que lucharíais a mi lado contra el poder de Cory Aquino. Y lo que hicisteis fue engañarme, intentar escapar de aquí con nuestras propias embarcaciones. Os hice seguir, vigilaba todos vuestros movimientos…

—Debí suponerlo —suspiró «Cocodrilo» amargamente—. Era todo demasiado fácil…

—Ahora pagaréis cara vuestra falsedad. No necesito tocaros un solo cabello. Los cangrejos lo harán por mí. Esta gruta suele llenarse de ellos con la marea baja. Son grandes, voraces… Les gusta, sobre todo, la carne humana —rió el tagalo—. Empiezan por los pies, van luego comiéndose las piernas y el resto… Sería un espectáculo divertido, si no fuera porque tengo cosas más importantes que hacer, lejos de aquí, que presenciar vuestra muerte entre las pinzas de esos buenos amigos…

—¡Cangrejos! —Se horrorizó Velda—. Dios mío, no… Es monstruoso…

—Es lo que merecen los que engañan a Masama Malamig. Ya os dije lo que mi nombre significa en tagalo, la lengua de las Filipinas: frío y malvado. Así puedo ser cuando me obligan a ello. Ahora quedaos tranquilos. Los cangrejos tardarán todavía unas horas en aparecer. Pero cuando lleguen lo harán en legión. Os devorarán vivos.

Soltó una carcajada, alejándose con sus hombres. Los seis cautivos se quedaron en aquella gruta donde el agua entraba directamente del mar, e iba subiendo de nivel para luego descender con la marea. Sería entonces cuando llegasen los horribles verdugos de grueso caparazón y feroces pinzas…

«Cocodrilo» forcejeó durante horas enteras, mientras el agua marina subía su nivel hasta cubrir sus piernas y cintura, pero en vano. Las ligaduras del tagalo eran fuertes y estaban reciamente ajustadas a sus músculos. Los troncos, profundamente hincados en la tierra de la gruta, también era imposible moverlos, pese a sus esfuerzos.

—Me temo que éste es realmente el final —se quejó con amargura—. No hay escapatoria.

—¿Qué es eso que se ve en el fondo de la gruta? —preguntó Velda fijando sus ojos en la parte más oscura de aquel recinto rocoso.

—Embalajes de madera —dijo «Cocodrilo» indiferente—. Están situados donde no les alcance el agua. Y vi a esos tagalos sacar unas granadas de mano de una de las cajas, antes de marcharse. Supongo que esta cueva es su refugio de emergencia… y también su

polvorín. Es un lugar seguro para guardar algo así. Nadie se aventuraría a husmear en una gruta que visitan los cangrejos carnívoros y que cubre rápidamente el mar. Ese Masama es muy astuto…

Cuando comenzó a bajar la marea, los cautivos se miraron con inquietud. Los músculos de «Cocodrilo» sangraban, pero no había conseguido soltarse, ni tan siquiera aflojar un poco sus ligaduras.

—¡Mirad! —gimió Mark Howard de pronto con tono angustiado —. ¡Los cangrejos están ahí ya! ¡Dios se apiade de nosotros!

—Amén —dijo sordamente *Dandy*, contemplando las temibles formas oscuras, reptando por la arena que sólo cubría ahora cosa de un palmo de agua.

Eran ellos, ciertamente. Los cangrejos devoradores de carne humana. Grandes como centollos, con unas terroríficas pinzas afiladas, que chascaban ominosas en tanto se movían siniestramente sus redondos cuerpos hacia ellos.

«Cocodrilo» logró pegar una patada a dos de ellos, alejándolos. Volcó a otro patas arriba. Bill Randall, el operador de TV, no tuvo tanta suerte. Varios cangrejos comenzaron a subir por sus pies. Emitió alaridos de dolor cuando la sangre comenzó a cubrirlos. El sonido de los cangrejos, triturando la carne humana, era espeluznante.

También
Shui-Ho,
el malayo, fue víctima de los crustáceos asesinos, que reptaban por sus piernas vorazmente, dejando surcos de profundas mordeduras, preludio solamente de lo que iba a suceder en pocos minutos…

Horrorizado, «Cocodrilo» vio cómo cuatro o cinco cangrejos lograban iniciar su escalada sobre los pies de Velda, camino de sus bien formadas piernas… Ella sollozó, aterrada, cerrando los ojos.

«Cocodrilo» emitió un rugido de rabia casi animal. Todo su cuerpo se tensó, disparándose luego los músculos como ballestas. Fue como un milagro. El milagro de la ira, de la rabia, de la exasperación ante el dolor, ante el peligro de la muchacha amada.

—¡Nooooo! —Un aullido propio de un ser selvático surgió de sus labios contraídos.

Y estalló toda su energía en una potente descarga total de su cuerpo. Las ligaduras saltaron desgarradas. El tronco salió de su

hoya en la dura arena pedregosa con fondo rocoso…

Estaba libre. Enfurecido, se precipitó sobre los cangrejos, pateándolos sin piedad. Aferró con ambas manos el tronco que le sirviera de poste de prisión, para descargarlo ferozmente una y otra vez sobre las hileras de crustáceos, cuyas cortezas reventaban violentamente, dispersando su carne húmeda. Pero aun así, había cada vez más cangrejos en la gruta. Los dispersó como pudo, a patadones, cogiendo luego una piedra afilada del suelo, para cortar las ligaduras de sus compañeros. Bill Randall se desplomó con los pies destrozados por los cangrejos. Lo apartaron de allí entre *sir* Edward y Howard. Shui-Ho cojeaba, con sus piernas lastimosamente ensangrentadas.

—¡Fuera de la gruta! —clamó «Cocodrilo»—. ¡Tengo una idea para acabar con esos malditos monstruos!

Salieron todos en tropel. *Dandy* corrió a los embalajes del fondo, rebuscando en ellos. Extrajo un puñado de granadas. Se precipitó tras de sus amigos, rodeados de cangrejos como él mismo. Una vez en la boca de la gruta, se revolvió, soltando el seguro de tres de las granadas, que luego arrojó sobre la masa de crustáceos carnívoros.

Los estampidos atronaron la zona. Grandes bloques de roca se desprendieron, saltando los muros en pedazos. Cientos de cangrejos, triturados por las explosiones, volaron por los aires. Los supervivientes, ya escasos, se dispersaron asustados.

«Cocodrilo», jadeante, contempló cómo se desplomaba polvo, piedras y tierra del techo de la gruta, mientras Velda sollozaba, abrazada a él fuertemente. La cubrió con su brazo protector, contemplando su obra.

—Se acabó. Esos condenados bichos ya no nos molestarán más…

Y entonces, con acento maravillado, gritó *sir* Edward Bellamy, señalando al interior de la gruta:

—¡Mire, *Dandy*, mire *eso*\! ¡Es… es increíble, maravilloso…! ¡Lo hemos encontrado!

«Cocodrilo» miró en esa dirección. Y entendió.

En efecto. Lo habían encontrado. Ahora no eran piedras, polvo ni tierra lo que llovía del techo de la gruta. Eran rubíes, diamantes, perlas, lingotes de oro, monedas de centelleante brillo dorado… Había de todo ello por millares, en una lluvia resplandeciente, increíble, capaz de deslumbrar a cualquiera.

—El tesoro… —rezongó *Dandy*—. ¡El tesoro de los japoneses!

—Me han facilitado mucho las cosas, señores —dijo una helada voz a sus espaldas—. Gracias por el favor… en nombre de Ken Kubert.

Se volvieron. Un grupo de hombres de piel blanca les cubría con sus armas automáticas. Al frente de ellos, un individuo gigantesco, rubio, de facciones duras y frías, de ojos intensamente azules, sonreía cruelmente, mirando a «Cocodrilo» con fina ironía, desde detrás de una poderosa pistola automática.

Pero lo increíble, lo sorprendente para *Dandy* era que junto a Ken Kubert se hallaba una mujer. Una mujer a quien él conocía bien, y que imaginaba lejos de allí, en el brumoso Londres. Una hermosa mujer con atractivas gafas de ejecutiva…

—¡Fay Rowland! ¡La secretaria de Ralph Jordán! —gritó «Cocodrilo» estupefacto.

—Así es, «Cocodrilo» —dijo apaciblemente Kubert, atrayendo hacia sí a la joven—. Mi contacto en Londres. Por ella supe de su viaje a Hong Kong y de muchas otras cosas relacionadas con el proyecto del señor Bellamy…

CAPÍTULO VIII

APOTEOSIS FINAL

—Parece nuestro sino —suspiró resignadamente Velda—. No dejamos de ir de unas manos a otras, siempre prisioneros de nuestros enemigos, ya sean soldados y funcionarios corrompidos, guerrilleros tagalos o buscadores de tesoros ilegales.

—Habrá que aceptar nuestra suerte —se lamentó «Cocodrilo», contemplando sus manos, bien ligadas a la altura de las muñecas—. Parece que Ken Kubert tiene ahora todos los triunfos en su mano.

Los hombres de Kubert habían entrado en la gruta, comenzando a revisar los enormes montones de oro, piedras preciosas y toda clase de objetos de valor, almacenados por el general Yamashita durante la Segunda Guerra Mundial, tras conquistar Malasia y Singapur, así como Birmania, saqueando templos y expoliando a poblaciones enteras a su paso.

—No toquéis nada de eso todavía —les ordenó secamente su jefe —. Luego cargaremos todo en el barco. Y nos iremos de aquí definitivamente, con el tesoro del Sol Naciente en nuestro poder.

—¿Y nosotros, Kubert? —preguntó *sir* Edward—. De no ser por nosotros, usted no tendría aún ese tesoro…

—Eso es cierto —rió de buen humor Kubert—. Sabía que debía andar por aquí, en los islotes situados al sur de
Tawi-Tawi,
pero ustedes me han facilitado mucho las cosas, aun sin desearlo. Debería portarme bien con ustedes sólo por eso. Y voy a hacerlo, palabra.

—No lo creo en absoluto, Kubert —replicó «Cocodrilo» con

aspereza—. Usted no es de los que perdonan a sus enemigos, sobre todo cuando anteriormente le han humillado.

—¿Quién dijo que iba a perdonarles? —El gigante rubio se volvió a él, mirándole burlón—. Sólo dije que me portaré bien con ustedes.

—Eso dista mucho de tranquilizarme, la verdad —silabeó *Dandy*.

—Allá usted. Podría dejarles de nuevo a merced de los cangrejos que infestan estas costas, «Cocodrilo», sólo por su atrevimiento al acabar con mi organización en Hong Kong y rescatar a la chica que tenía en mi poder. Pero seré compasivo con todos ustedes. Les daré una muerte piadosa, rápida y sin dolor. No pueden decir que soy desagradecido con ustedes, los descubridores del tesoro japonés.

—Eso estaría bien… si al menos perdonara la vida de ella. —*Dandy* señaló a Velda Bellamy—. Déjela con vida, Kubert. Sólo a ella, cuando menos.

—¡No! —cortó enérgicamente Fay Rowland en ese punto, mirando con odio a la hija de *sir* Edward—. No lo hagas, Ken. Ella debe morir con los demás.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Estás celosa del interés de «Cocodrilo» por esa chica, quizás? —se mofó Kubert.

—¿Celosa yo? —Miró despectiva a *Dandy*—. No me gusta ese salvaje, aunque fingiera sentirme atraída por él en Londres, para hacer mi papel, Ken.

—Está bien, se hará como tú quieras, Fay querida —aprobó Kubert—. Lo siento, «Cocodrilo». La muchacha debe morir también.

—¡Miserable! —jadeó *Dandy*, furioso.

—Diga lo que quiera si eso le sirve de desahogo. —Kubert soltó una carcajada—. Prepárense. Vamos a terminar con todos ustedes de inmediato. Venid, muchachos.

Llamó a sus hombres. Cinco de ellos se alinearon ante los seis prisioneros, metralleta en ristre. Sólo esperaban la orden de disparar para abatirlos.

«Cocodrilo» sintió a Velda junto a sí, rozándole con su cálido cuerpo. Sereno, pidió a Kubert con voz que no temblaba lo más mínimo:

—Incluso los más viles, permiten a un condenado fumar su último cigarrillo. ¿No va a dejarme hacerlo antes de morir?

Kubert se encogió de hombros.

—Puede fumarlo. Pero sea breve. Sólo le dejaré dar unas chupadas durante treinta segundos. ¿Alguien más desea fumar antes de morir?

Todos negaron con la cabeza. Kubert buscó en una pitillera de oro, eligiendo un cigarrillo emboquillado que puso en labios de «Cocodrilo». Luego, lo prendió con su encendedor.

—¿Satisfecho? —preguntó—. Treinta segundos, recuerde. Ni uno más.

Asintió «Cocodrilo», fumando con ayuda de sus dos manos ligadas entre sí por las muñecas. Sus agudos ojos claros dirigieron una fugaz mirada a un punto concreto de la gruta que estaba junto a ellos, con una masa de oro y piedras preciosas alfombrando el suelo.

—Ya está —dijo al fin, quitándose el cigarrillo de sus labios, para arrojarlo al fondo de la gruta con un gesto de indiferencia, pero singularmente poderoso para estar ligado. Y el cigarrillo describió un arco amplísimo, con su brasa encendida, perdiéndose por encima del tesoro japonés, hacia lo más oscuro y profundo de la gruta.

—Bien. Ahora, procedamos de una vez. No perdamos más tiempo con ustedes. —Kubert hizo un gesto a sus hombres—. Preparad las armas. Y rociad de balas a estos seis.

—¿De veras te hace esto feliz, Fay? —preguntó «Cocodrilo», dirigiéndose a la secretaria de Jordán—. Llegué a pensar que sentías algo por mí, sobre todo cuando me enviaste aquel billete al avión…

—Tonterías —rió ella fríamente—. Hacía mi papel, eso era todo.

—¿También lo hacías cuando te acostaste conmigo en los estudios aquel día?

—¡Mientes! —gritó ella destemplada—. ¡Nunca hice eso contigo!

Kubert frunció el ceño, mirando alternativamente a ambos. «Cocodrilo» se encogió de hombros con una sonrisa.

—Entiendo que lo niegues ahora, querida Fay —dijo—. Pero recuerda que un hombre que va a morir nunca miente…

—De modo que esas tenemos, ¿eh, so zorra? —jadeó Ken—. Dijiste que siempre me serías fiel, que ningún hombre te haría suya…

—¡Y es verdad! —bramó ella furiosa—. ¡Está mintiendo, quiere enfrentarnos a los dos! ¡«Cocodrilo» es muy astuto!

—Ya lo oye, Kubert —suspiró *Dandy*—. No tiene de qué preocuparse.

—¡Usted cierre el pico, maldito sea! Fay, no te acostarías con él…

—¡Juro que no, imbécil! —chilló ella. Rápida, tomó el arma de uno de los esbirros de Kubert, enfilándola hacia «Cocodrilo»—. ¡Yo misma le mataré para demostrarte que no siento nada por ese cerdo salvaje!

En ese momento, algo chisporroteó dentro de la gruta marina. Era lo que «Cocodrilo» había estado esperando desde que lanzase el cigarrillo encendido, mientras ganaba tiempo con aquella mentira.

—¡Al suelo todos! —rugió en voz baja.

Y se dejó caer violentamente de bruces, cuando Fay disparaba. Las balas silbaron sobre él. La muchacha no tuvo tiempo de apretar el gatillo de nuevo. Una bocanada de fuego devastador brotó de la gruta, que pareció reventar violentamente en una sucesión pavorosa de explosiones. Saltaron enormes bloques de roca de su entrada, se conmovió todo, en medio de aquel estallido devastador. Ken Kubert y sus hombres saltaron por los aires, lo mismo que Fay Rowland, arrancados de cuajo del suelo por la poderosa onda expansiva y por el alud de fuego y piedras que brotaba de la gruta como de un volcán en erupción.

«Cocodrilo» y sus amigos, todos ellos pegados a tierra, puesto que obedecieron como una sola persona su aviso, al estar en guardia tras verle arrojar el cigarrillo, comprendiendo sus intenciones desde un principio, sintieron pasar sobre ellos el alud destructor, que llenó un amplio radio de grandes piedras y de espeso polvo, así como de una densa humareda.

Todo el promontorio adentrado en el mar, donde se hallaba la gruta secreta de los guerrilleros tagalos, se desmoronó como si fuese de azúcar. Con él desaparecían toneladas de gemas y de oro, sepultadas en el mar entre inmensos peñascos. Y también el polvorín de Masama Malamig, recién convertido en los más dantescos y destructores fuegos de artificio imaginables.

—Apoteosis final —sentenció «Cocodrilo» incorporándose lentamente en medio de la acre polvareda. Contempló los cuerpos reventados de Kubert y su pandilla, incluida Fay, que yacía sobre unas rocas, medio aplastada por otras, sus gafas rotas colgando de

una oreja, la boca cubierta de sangre, los ojos desorbitados.

—«Cocodrilo», ha sido el tiro más certero que vi jamás —alabó *sir* Edward—. Un simple cigarrillo… lanzado al fondo de un polvorín. ¿Es que Kubert no sabía que ahí dentro había un arsenal de armas, municiones y explosivos?

—Evidentemente, no. Me vio utilizar unas granadas de mano, e imaginó que las llevábamos con nosotros. Luego, la visión del tesoro le deslumbró demasiado para ver más allá del brillo del oro y las piedras preciosas…

—El tesoro… —gimió *sir* Edward dirigiendo una patética mirada al agitado mar que rodeaba la isla—. Dios mío, ahora sí que lo hemos perdido para siempre… Está bajo toneladas de roca, sepultado en el fondo del mar, disperso, inalcanzable…

—Bueno, fue el precio de nuestras vidas, *sir* Edward —sonrió «Cocodrilo»—. No podrán decir que nuestro pellejo se compró barato, ¿verdad?

Velda sonrió, abrazándose a él, le besó en los labios.

—Eres magnífico, *Dandy* —susurró. Luego le miró recelosa—. Pero esa otra mujer…

—¿Fay? Nunca hubo nada entre nosotros, ella tenía razón.

—Entonces… mentiste, a pesar de que ibas a morir.

—No, no. Yo nunca pienso que vaya a morir. Siempre existe una posibilidad… Por eso mentí. Estaba seguro de que el cigarrillo encendido haría su trabajo.

—¿Y si llega a fallar?

—Bueno, la vida es un juego. A veces se gana, a veces se pierde —rió, encogiéndose de hombros—. Por fortuna pata iodos, esta vez me tocó ganar…

Volvió a besarla tiernamente en los labios. Luego, iniciaron su retirada hacia el litoral. A escasa distancia, se veía andado el yate de Ken Kubert. Recogieron del suelo las armas automáticas perdidas por sus enemigos.

—Ahora, a por ese yate, antes de que a nuestro amigo Masama Malamig se le ocurra volver. Va a llevarse una seria desilusión cuando vea que todo su arsenal para combatir al Gobierno se convirtió en polvo… y no me gustaría estar cerca de él cuando se entere.

Se encaminaron a la zona donde estaba anclado el yate de

Kubert. Fue tarea fácil dominar a los tres hombres que había dejado a bordo el buscador de tesoros por todo personal de guardia.

Y poco después, navegaban hacia la isla de Luzón, para informar al Gobierno de Manila de todo lo sucedido al sur de Tawi-Tawi, en el archipiélago filipino.

La aventura había terminado. En cubierta, «Cocodrilo» *Dandy* y Velda Bellamy se abrazaban y besaban bajo la luz radiante de los trópicos.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase el título anterior de este personaje, «Las flores del mal», en esta misma serie. < <

[2] Todo esto se relata en el anterior episodio, «Las flores del mal».
< <

[3] Es verídico lo que se relata sobre el general Yamashita, aunque por supuesto, no se ha podido probar jamás que ese militar japonés ocultase tan fabuloso tesoro en Filipinas, si bien numerosas versiones circulan en ese país sobre la cuestión. Y es cierto que una Compañía se ocupa de buscar ese increíble botín. (N. del A.). < <